

243



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA
DE MÉXICO

FACULTAD DE PSICOLOGÍA

0290269

UN ANÁLISIS DE ANA KARENINA

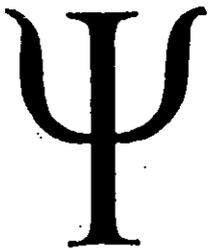
T E S I S

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADA EN PSICOLOGÍA

P R E S E N T A:

Soledad Székely Schlaepfer

DIRECTOR DE TESIS: LIC. JUAN CARLOS MUÑOZ BOJALIL



MEXICO, D. F.

2001



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A Tom, que tuvo que leer las 853 páginas de Ana Karenina para poder compartir esto conmigo.

A Ale, Caro, Jimena, María y Vania, que estuvieron ahí, aprendiendo conmigo y echándome la mano. Por lo divertido que ha sido.

A Guie, Clau y Martha, que estaban tan cerca, del otro lado de las islas y en todo momento importante. Porque no me imagino estos años sin ustedes.

A Juan Manuel, Gabi B., Gabi C., Chabela, Chfo y Likín, que llevan tanto tiempo en mi vida. Porque son casi una institución y no sé que haría sin esos encuentros esporádicos con ustedes.

A Lora, el Negro, Pepe, Fátima, Juan Pablo, Ale Venegas, Veranda e Irene. Porque con ustedes he vivido experiencias inolvidables y son parte de mi vida.

Todas las gracias del mundo a Papá y a Mamá, como siempre. Gracias a Juan Carlos, por dirigir esta tesis en condiciones tan poco usuales. Gracias a Paty por revisar el trabajo y por su apoyo constante. Gracias a Luzma, Margarita y María Cristina, por las últimas sugerencias y comentarios.

*I'm so tired of playing, playing with
this bow and arrow.
Gonna give my heart away, leave it
to the other girls to play,
For I've been in temperance too long.
Yes!*

*Give me a reason to love you.
Give me a reason to be a woman.
I just wanna be a woman.*

*From this time, unchained,
We're all looking at a different picture.
Through this new frame of mind,
A thousand flowers could bloom.
Move over and give in some, yeah.*

Give me a reason to love you...

*So don't you start being a man,
Just take a little look from outside,
When you can.*

*So, a little tenderness...
No matter if you cry.*

Give me a reason to love you...

*This is a forgiving,
A forever and ever.
It's time to move over...*

Estoy tan cansada de jugar, jugar
con este arco y flecha.
Voy a entregar mi corazón, dejar
los juegos a las otras chicas,
Porque he sido abstemia durante
demasiado tiempo. ¡Sí!

Dame una razón para amarte.
Dame una razón para ser una
mujer.
Sólo quiero ser una mujer.

Desde ahora, sin cadenas,
Todos miramos una imagen
distinta.
A través de esta nueva perspectiva,
Mil flores podrían florecer.
Hazte a un lado y cede un poco, sí.

Dame una razón para amarte...

Así es que no empieces a ser un
hombre,
Sólo echa una ojeada desde afuera,
Cuando puedas.

Entonces, un poco de ternura...
No importa que llores.

Dame una razón para amarte...

Este es un perdón
Un para siempre y por siempre
Es tiempo de hacerse a un lado...

* *Glory Box*- canción del cd "Dummy",
interpretada por Portishead.

ÍNDICE

I.	INTRODUCCIÓN	1
II.	MÉTODO	
	La Pregunta de Investigación	5
	La Elaboración de la Tesis	8
III.	LA VIDA DIARIA DE ANA	
	El Mundo de Ana	10
	Los Otros para Ana	13
IV.	EL MATRIMONIO DE ANA	21
V.	ANA MADRE	32
VI.	ANA Y VRONSKY	39
VII.	LA MUERTE DE ANA	64
VIII.	EL RETRATO DE ANA	70
	Conclusiones	80
	CONSIDERCIONES ÚLTIMAS	86
	REFERENCIAS	

UN ANÁLISIS DE ANA KARENINA

Dios y Tolstoi son dos osos en una cueva.

(Maxim Gorky)

I. INTRODUCCIÓN

La primera pregunta frente al título de esta tesis: ¿Por qué analizar a una mujer de papel y tinta, rusa y del siglo diecinueve, para colmo? Mi respuesta: Ana Karenina está viva. Tolstoi creó a una heroína que no sólo trasciende a su época y a su cultura, sino que llega a nuestros días intacta, como una mujer de carne y hueso, de pensamiento y sentimiento, de humanidad y contradicciones.

Esta tesis se centra en el personaje de Ana Karenina, con el propósito específico de analizar a la mujer que emerge de la novela. El análisis se hará desde la teoría psicoanalítica de las escuelas freudiana y lacaniana.

Se han hecho muchas aproximaciones a la literatura desde el psicoanálisis. Las intenciones han sido diversas: acceder al mundo interno del autor a partir de su obra, desentrañar significaciones ocultas o veladas dentro de la misma, o estudiar a un personaje nacido de la literatura. Es con esta mirada que quiero acercarme a Ana Karenina.

El trabajo me interesa por dos razones: primero, porque la obra es bellísima y su estilo permite estas incursiones analíticas; y segundo porque en Ana, Tolstoi capturó la pregunta por el significante de la mujer.

"Ana Karenina" retrata a la Rusia aristocrática y burguesa del siglo XIX. Su trama corre a través de las vidas paralelas de Ana y Levin, y en torno a ellos se tejen múltiples historias. Tolstoi objetivó en cada personaje sus creencias, y resulta extraño pensar que una de ellas fue la clara convicción de que la mujer es menos que el hombre. Él decía firmar de ambas manos sus ideas sobre la vocación de la mujer: madre y esposa, de ninguna manera ciudadana. Existen innumerables citas que reflejan su pensar en este respecto, de las cuales sólo expondré una: *"Casarse con una jovencita es echarse encima todo el veneno de la civilización"*.¹

Es casi inconcebible que de ese sentir, naciera una mujer tan vívida y compleja. Para entenderlo, hay que tomar en cuenta su larga gestación, durante la cual Tolstoi la hizo y deshizo muchas veces. En ese dibujo progresivo le dio mucho de su alma, y este conocimiento tan íntimo le permitió amarla sin someterla a juicio. Cito a Marie Sérmon: *"A fuerza de trabajo tenaz alimentado de lecturas, de impresiones de todo orden, literarias, filosóficas, a fuerza de eventos vividos, de rostros y destinos entrevistados, lentamente se*

¹ RANCOUR-LAFARRIERE, Daniel. Tolstoi on the Couch: Misogyny, Masochism and the Absent Mother. University Press, Estados Unidos, 1998. Pp 4,5

elabora, bajo la pluma del escritor, una criatura que no existe mas que por el milagro de la escritura y no debe la vida mas que a la colaboración del autor y del lector, quien, generación tras generación, la recrean concertadamente.”²

En la obra de Tolstoi, se encuentra un afán de aproximación microscópica a la realidad, junto con la expresión de sus pensamientos e ideales. Esto hace que el motivo psicológico en sus escritos sea muy denso, saturado de detalles. Todo entra: el mundo exterior e interior, causas, efectos, secuencias y condiciones de todo tipo. En “Ana Karenina”, Tolstoi nos permite acceder a la conciencia de sus personajes a través de diferentes procesos literarios, especialmente el monólogo interior. Su literatura es de análisis, pero también liga múltiples causas y efectos en un tejido de entramados contradictorios-oposiciones dentro de un mismo personaje, que lo enriquecen y lo aproximan a la substanciación. El dinamismo de esa realidad que nace del papel trasciende en lo que Tchernichevski llamó la dialéctica del alma.

Si tomamos prestada la mirada de Virginia Wolf, notamos en la obra la descripción de un tic, un estornudo o una súbita falta de aire- fragmentos de un personaje quien también nos es familiar en sus opiniones políticas, en su religión y en su forma de amar. Los personajes son inseparables de sus antepasados, de su tiempo, de su medio social, de su cuerpo. Participan de la vida con toda la creación.

² SERMON, Marie, op cit.

La historia de Ana es la de una mujer que, encerrada en un matrimonio pobre e insatisfactorio, sin amistades suficientes que la sostengan y con pocas opciones de diversidad; se entrega a una relación adúltera que trastorna su vida. A partir de ahí, se sumerge en un mar turbulento, rompiendo tabú tras tabú y enfrentando pérdidas afectivas considerables. Su vida termina en suicidio. Lo que me interesa es acompañarla en ese recorrido, buscando indicios en sus actos, palabras, reflexiones y sueños, del camino de su deseo.

La tesis será entonces un análisis de las relaciones de Ana con el mundo, un asomo a su mente a través de las ventanas que nos abre el relato; para proponer una lectura posible de su vida y actos. A través de una serie de ensayos, describiré sus lazos con los otros que le son más importantes, así como el medio social en que se desenvuelve. La propuesta final, es la de presentar un esbozo lo más fiel posible, de esta mujer.

II. MÉTODO

La Pregunta de Investigación

En el curso de diferentes lecturas, expresada de diversas maneras, me encontré con una interrogante recurrente: ¿qué es ser mujer? La pregunta histórica por excelencia, nacida en el comienzo de los tiempos y retomada a lo largo de los siglos desde varios ámbitos del conocimiento. Esta pregunta no puede serme ajena, como mujer y como psicóloga, por lo que decidí abordarla mediante una investigación documental. Me acerqué al problema a partir de la siguiente perspectiva: buscar indicios de este cuestionamiento histórico en un texto literario.

Una vez determinado el punto de partida, no fue difícil escoger un instrumento para efectuar esa búsqueda. Ana Karenina es una obra que había leído ya, en más de una ocasión. Me impresionó por su profundo alcance psicológico y analítico, y por la manera en que desnuda el alma de sus personajes centrales. Así es que, cuando pensé en cuestionarme por la pregunta fundamental de la historia, Ana surgió en mi mente como la representación inmediata, obvia y tangible de la histórica.

En cuanto a la metodología, recurrí a un formato clásico de la investigación documental, llamado por Grawitz “método psicológico”³. Este método permite estudiar los personajes de una obra, así como otras cuestiones que revela la misma, a partir del marco interpretativo del analizante. Al igual que los otros métodos clásicos en la investigación de documentos, presenta la desventaja de no ofrecer una sistematización. En cambio, su enfoque más subjetivo, si bien basado en la teoría respectiva, ofrece las ventajas de la investigación cualitativa.

Freud, como gran escucha de las histéricas y Lacan como intérprete y seguidor de su obra, ofrecían los elementos teóricos fundamentales para este análisis. Así, mis fuentes primarias fueron la obra analizada, los textos referentes a histeria y represión de Freud, y el seminario sobre psicosis de Lacan. Como fuentes secundarias, recurrí a autores que hablan sobre “Ana Karenina” o sobre Tolstoi; a autores de estas escuelas psicoanalíticas, que ya sea explican la obra de Freud o Lacan, o desarrollan algún tema específico de conformidad con sus teorías; y finalmente, a autores que abordan temas centrales para este análisis, ya sea desde una perspectiva sociológica, de género o literaria. Esto último, con la finalidad de no limitar mi interpretación, dejando a un lado aspectos centrales para el análisis de una histeria.

³ GRAWITZ, Madeleine. Métodos y Técnicas de las ciencias Sociales. Edita Mexicana, México, 1984. Tomo II. Pag. 143, 144

Los conceptos centrales alrededor de los cuales está organizada esta interpretación de “Ana Karenina”, se describen a continuación:

La histeria- la histeria de Freud, que habla de una mujer inteligente, capaz, dolida y subyugada por el influjo todo-poderoso de la represión y de la culpa. La histeria también de Lacan, que la describe como un ser dividido entre la realidad y el imaginario, sin un lugar simbólico que la defina, culpable e incómoda para sí y para los otros, a quienes cuestiona incesantemente.

La Represión- la fuerza que impide el acceso a la conciencia de aquellos pensamientos y sentimientos sepultados en el inconsciente. De lo que es reprehensible, vergonzoso, doloroso, inentendible. Aquello que a través del desplazamiento de investiduras (en palabras de Freud), o de rompimientos en la cadena significante-significado (según la terminología lacaniana), es relegado a la oscuridad de lo olvidado.

El Complejo de Edipo- la replica del antiguo mito. El parte aguas del desarrollo, en que el padre interviene como representante de la Ley, imponiendo la distancia necesaria con la madre, para que el niño o la niña haga suyo el tabú sagrado del incesto; para que logre la identificación con el progenitor de su propio sexo y enfrente el complejo de castración; para que defina su sexualidad y entre dentro del orden simbólico del mundo adulto.

El Complejo de Castración- la realización de que se ha perdido o se puede perder el falo, símbolo del poder, representado corpóreamente por el pene. El descubrimiento de la vulnerabilidad propia y de la antes omnisciente madre.

El Género- claramente diferenciado del sexo biológica y genéticamente determinado. Construcción social que abarca la serie de conductas, expectativas, y preferencias relacionadas con la masculinidad y feminidad. La conciencia de pertenecer al grupo de los llamados “hombres” o “mujeres”.

A partir de este marco conceptual básico, la pregunta que pretendo responder mediante esta tesis es la siguiente: ¿Pueden encontrarse en Ana, como prototipo histérico, evidencias del cuestionamiento histérico? Mi hipótesis es que sí, y que en ella se hace también visible la búsqueda continua por ese saber oculto.

La Elaboración de la Tesis

Escribí la tesis bajo la forma de una serie de ensayos que describen las relaciones de Ana con los otros y con su mundo, para encuadrar, uno por uno, los aspectos más importantes de su vida. Esto permitió un enfoque más concreto respecto de dichos vínculos, que probablemente se hubiera perdido en una lectura estrictamente cronológica del texto.

La tesis arrancó a partir de un índice tentativo y un esbozo preliminar de la introducción. Las correcciones y revisiones al texto fueron estableciendo claramente la forma en que se realizó el trabajo. Esto consistió en una narración sintética de los hechos centrales en la vida de Ana, con referencias continuas al texto original, interpretado o explicado mediante incursiones teóricas que describen progresivamente su sintomatología y el desarrollo de su historia. Por otra parte, se hacen abundantes citas textuales que evidencian un rasgo psicológico de Ana o de algún otro personaje, una situación o una manera de expresarse o de ser típica de un sistema social que nos es ajeno.

Finalmente, en el último capítulo retomo, a modo de conclusión, los planteamientos esbozados a lo largo de la narrativa anterior, para determinar si se respondió a la pregunta de investigación y si la hipótesis resultó afortunada.

III. LA VIDA DIARIA DE ANA

El mundo de Ana

En esta primera aproximación al entorno de Ana Karenina, tomaré prestado un enfoque sociológico para situarla más claramente. Ella es miembro de la élite rusa del siglo XIX. Se mueve dentro de lo que es considerado “la mejor sociedad” de Petersburgo y Moscú, en un momento en que la pobreza extrema y la inconformidad comienzan a gestar asociaciones de obreros y campesinos, brotes revolucionarios, e ideas panslávicas. Debe señalarse que durante la novela, existe una afinidad entre el escenario de los acontecimientos y los propios acontecimientos. La sociedad moscovita es más conservadora y sencilla que la de Petersburgo, lo cual se refleja en las actitudes y expectativas de los actores. La vida en las propiedades campestres es aún más simple y dejada de formalismos, lo cual permite un ambiente más relajado, menos hipócrita y también más plano o aburrido.

Es cierto que la novela ocurre en Rusia, lejos de la corte de la Reina Victoria, pero la atmósfera es igual de asfixiante. Las normas sociales son severas y la moral sexual es rígida en extremo. Las desviaciones a esta Ley se atropellan en el flujo de una corriente subterránea que nadie osa reconocer en voz alta. No obstante la situación privilegiada de Ana, son pocos sus roles posibles en el teatro de lo cotidiano: madre cariñosa y esposa fiel; mujer adúltera, si bien siempre discreta y convencional; mujer caritativa y religiosa; o mujer

“intelectual” y moderna- criticada, pero al menos no sujeta a ostracismo. De hecho, existe una corriente vanguardista y *chic* entre la aristocracia y oligarquía de la época, a quien se le permiten y aplauden ciertas excentricidades.

Si la alta sociedad está dispuesta a condonar la existencia de relaciones ilícitas y a celebrar las hazañas de los conquistadores y las conquistadas; es circunscribiéndose tan sólo a lo que Freud llamó “amor sensual”. Así hace referencia a aquellos casos en que la investidura de objeto es temporal y dura lo que tarde en haber satisfacción sexual.⁴ Poco más o menos, esto es lo que se espera de estas escapadas- que sean pasionales; entretenidas (para los involucrados y para el público); ligeras como una opereta; y que de ninguna manera disrumpan el orden social establecido.

El encasillamiento de Ana corresponde claramente a la existencia de un rol de género. La sociedad rusa de la época alberga un conjunto de expectativas respecto a los comportamientos sociales apropiados para sus mujeres, quienes deben vivir conforme a lo que les es “natural”. La tipificación de este ideal de lo femenino es anónima y abstracta, pero se refleja en los gestos y pensamientos de todos, normativizada hasta el estereotipo. Cabe imaginar que la situación se exagera debido al alto rango de los protagonistas, ejemplos sociales y conservadores del *status quo*. Es en parte a estas

⁴ FREUD, Sigmund. Obras Completas. 2ª ed, Amorrortu Editores, Argentina, 1984. vol 18. “Psicología de las Masas y Análisis del Yo”. Pag. 105.

proscripciones a las que deberá enfrentarse Ana, cuando decide tomar su vida en sus propias manos.

Resulta evidente que estos límites no son suficientemente vastos para encausar su vitalidad, y que su imaginación desborda las convenciones estáticas de la realidad. Al leer una novela, Ana se pone en el lugar de cada personaje, deseando ser igualmente eficaz, propositiva o audaz que ellos; deseando dejar una marca en el mundo- ser la enfermera, el congresista, la dama cazadora o la fiel compañera del héroe que describe el texto. Pero no le corresponde.

En una sociedad patriarcal como ésta, la mujer tenía el papel de guardiana principal del mundo doméstico. Por lo tanto, le correspondía adoptar ciertas actitudes pasivas, y ofrecerse como una fuente inagotable de afectos positivos: como esposa- ser dócil, comprensiva, generosa; como madre- amorosa, altruista, ecuánime; y como ama de casa- sumisa, receptiva y capaz de ejercer dominio en forma controlada. Este es el quehacer de Ana, pero no olvidemos que su participación real en estas tareas es muy reducida. Su situación económica holgada se traduce en ocio. Su posición no es la de un ama de casa, sino la de una administradora. Evidentemente, esto no es cosa fácil, especialmente si se deben cumplir múltiples compromisos sociales al mismo tiempo; pero no es ella quien debe llevar a cabo las tareas que requiere el mantenimiento de la casa, ni las rutinas de la vida diaria, incluso las que se

refieren al cuidado de sus hijos. Ana tiene niñeras, sirvientes, chofer, jardineros y mozos que hacen eso por ella. Por otro lado, la relación con su marido le demanda ser escucha y confidente, pero no le pide mayor intimidad emocional que el compartir la cercanía de lo cotidiano. Como madre, se entrega, pero al igual que en los otros casos, su papel no la define como mujer.

No obstante, el que su estilo de vida no le resulte enteramente satisfactorio, no significa que no cumpla su papel a la perfección. Ana es, además de una mujer segura de sí misma, generosa y con un buen sentido común, la perfecta mujer de sociedad.

Los otros para Ana

La historia de Ana es también la de aquellos que la acompañan, la aman, la rechazan y la reflejan. Me referiré a ellos haciéndome de las palabras y las impresiones de los propios personajes de la novela, para así describirlos brevemente:

Karenin- esposo de Ana. Burócrata de importante nivel en el ministerio de San Petersburgo. El perfecto funcionario, culto por necesidad y por decisión; rígido en sus opiniones, influyente. Irónico e incisivo. Atado a su medio social, aunque no es muy respetado, debido a su personalidad pomposa, convencional en exceso y aburrida. Carece de una percepción clara sobre lo

que sucede a su alrededor, pero es capaz de medir las reacciones generalizadas y la opinión social. Responde frente al “qué dirán” y actúa basado en el deber ser. Tiene pocas convicciones propias.

“...Esto es lo que quería decir, siguió fría y calmadamente, y te pido que me escuches. Como bien sabes, opino que los celos son una emoción humillante y degradante y nunca me permitiré ser influenciado por ella; pero existen ciertas reglas de propiedad que no se pueden pasar por alto con impunidad.”⁵

El Conde Alexej Kirillovich Vronsky- amante de Ana. Aristócrata, “bohemio”. De una clase social que valora la elegancia, el ser bien parecido, la amplitud de mente, el atrevimiento, el sometimiento a toda pasión, y el reírse de todo. Pertenece a un cuerpo de guardia y es honorable, “bien educado”.

“El regimiento ocupaba un lugar importante en la vida de Vronsky, porque lo estimaba, y aún más porque el regimiento lo estimaba a él. No solamente lo estimaban en el regimiento, también lo respetaban, y se enorgullecían de él: se enorgullecían de que este hombre, con su enorme riqueza, su educación brillante y sus habilidades, con el camino abierto frente a él para todo tipo de éxito caro a la ambición y la vanidad, obviaba todo aquello y de todos los intereses que presenta la vida, tenía más cercano a su corazón los de su regimiento y de sus compañeros. Vronsky conocía la percepción

⁵ TOLSTOI, Lev Nikolayevitch. Ana Karenina. Pinguin Books, Gran Bretaña, 1978. Pags. 314 y 315.

* Nota: el original de esta edición está en inglés. Las traducciones al español son mías.

que de él tenían sus compañeros y, además de gustarle esa vida, se sentía obligado a hacerle honor a la reputación que le habían dado.”⁶

Seriozha- el hijo de Ana y Karenin. Un niño hermoso, inteligente, cariñoso y prendado de su madre.

“En la imaginación, se lo había figurado más lindo de lo que realmente era. Tuvo que descender a la realidad para disfrutarlo como era. Pero, así como era, era encantador, con sus rizos rubios, ojos azules, y piernitas regordetas en sus calcetas estiradas. Ana sintió un placer casi físico en su cercanía, en sus caricias, y fue un consuelo moral encontrar su mirada sin malicia, confiada y amante y escuchar sus preguntas ingenuas.”⁷

Anita- la hija de Ana y Vronsky. Un bebe bonito y vivaz.

“Cuando pusieron a la bebé sobre el tapete con su vestidito recogido por atrás, se veía maravillosamente dulce. Asomándose para mirarla con sus brillantes ojos negros, como un pequeño animal salvaje, sonrió, sin lugar a dudas encantada de ser admirada, y manteniendo las piernas a los lados se sostuvo con energía sobre sus manos, impulsó su pequeño trasero hacia delante y de nuevo avanzó sobre sus manos”⁸

⁶ TOLSTOI, ob cit. Pag. 190, 191

⁷ TOLSTOI, ob cit. Pag. 123

⁸ TOLSTOI, ob cit. Pag. 649

Stepan Arkadyevich Oblonsky (Stiva)- hermano de Ana. Simpático, irresponsable, infiel, indulgente, liberal, inteligente, bien relacionado.

“Muy bien, el ‘England’, entonces, dijo Oblonsky, escogiendo el restaurante porque debía más ahí que en el ‘Hermitage’ y consecuentemente le parecía de mal gusto evitarlo. ¿Tienes un trineo? Maravilloso, porque dejé que mi carruaje se marchara.”⁹

Dolly- cuñada de Ana. Ama de casa sujeta plenamente al molde convencional. Sostenida únicamente por su imaginario romántico del amor y de la Madre que ella es para su familia. Cansada, generosa, patética. Vive con hijos demandantes y un esposo infiel y mal proveedor económico. Valorada por él como su madonna personal: intocable, inmaculada e inapetecible. Se espera de ella que asuma el rol de centro aglutinante de la familia y que perdone siempre a Stiva, para quien el hogar y la esposa son sagrados.

“Tener paz con seis niños ere casi imposible... Eran escasos los breves intervalos de paz. Pero estas preocupaciones y angustias constituían la única felicidad posible para Dolly. Si no hubiera sido por ellas, hubiera quedado sola, pensando constantemente en su esposo, quien no la quería. Además, a pesar de lo duro que resultaba para la made soportar el temor a las enfermedades, las enfermedades en sí y la tristeza de ver tendencias malignas en sus niños- los propios niños ya le recompensaban con pequeñas alegrías sus sufrimientos.”¹⁰

⁹ TOLSTOI, ob cit. Pag. 314

¹⁰ TOLSTOI, ob cit. Pag. 283.

Kitty Shcherbatsky- hermana menor de Dolly. Inocente, ignorante de las “cosas de la vida”, como lo era Dolly. Ambas fueron educadas para ser mujeres bonitas y esposas modelo. Amable, generosa, cariñosa. Con una visión muy estrecha de la vida. Es romántica y vive conforme a sus ideales estéticos y de bondad. También es vanidosa y a veces caprichosa.

“...la vaga idea asomó en la cabeza de Levin de que aunque no podía atribuirse a ella la culpa (ella nunca podía ser culpable de nada), la culpa la tenía su crianza frívola, superficial... Si, excepto por su interés en la casa (que sí lo tiene), excepto por su ropa y su bordado, no tiene intereses reales. No le interesa mi trabajo, o la hacienda, o los campesinos, o la música, aunque es bastante buena en eso, o leer. No hace nada y está bastante satisfecha. En su corazón, Levin criticaba esto, pero aún no entendía que ella se estaba preparando para el período de actividad que iba a llegarle en que sería una esposa para su marido y patrona de la casa, al mismo tiempo que daba a luz, amamantaba y educaba a sus hijos...”¹¹

Levin- futuro esposo de Kitty. Aristócrata con intereses sociales y una conciencia que perpetuamente lo lleva a cuestionarse sobre todo. Terrateniente que trabaja sus propias tierras. Con un pasado “libertino”, típico en un joven de su condición social. Se somete a una búsqueda constante de entendimiento y paz interior.

¹¹ TOLSTOI, ob cit. Pag. 512, 513

“La confesión que había prometido fue el único episodio doloroso de esta época. Consultó al viejo príncipe y con su venia entregó a Kitty su diario, en donde estaban escritos los hechos que lo atormentaban. Había escrito este diario con el propósito de enseñarlo a su futura esposa. Dos cosas le causaban angustia: su falta de pureza y su falta de fe...”

Levin no le había entregado su diario sin una lucha interna. Sabía que entre ellos no podía y no debería haber secretos, y por lo tanto había decidido que este era su deber...”¹²

Princesa Myagky- conocida como *enfant terrible*. En base a banalidades y sentido común, se ha ganado una reputación de ingeniosa entre los de su grupo. Es más generosa en sus apreciaciones de Ana y más perspicaz en su “viboreo”, que la mayor parte de sus amistades.

“Porqué ¿has estado en casa de los Schutzbürigs? preguntó la anfitriona desde su lugar al lado del samovar.

Sí, ‘ma chère’. Nos invitaron a mi esposo y a mí a cenar y alguien me dijo que tan solo la salsa costó mil rublos, dijo la Princesa Myagky en voz alta, consciente de que todo el mundo estaba escuchando. Y era una salsa muy desagradable, además: algún menjurje verde. Los tuvimos que invitar de vuelta, y yo hice una salsa por ochenta y

¹² TOLSTOI, ob cit. Pag. 433

cinco kopecks y todo el mundo quedó bastante satisfecho. No puedo permitirme salsas de mil rublos.”¹³

El círculo social de Ana se compone de varios grupos dentro de la “crema y nata” de la sociedad. El primero, el set oficial del gobierno, se compone de colegas y subordinados de Karenin. No presenta mucho interés para Ana, quien los evita. Por otra parte, está la llamada “sociedad de la conciencia de Petersburgo”. Este grupo está centrado en torno a la condesa Lydia Ivanova. Sus miembros son mujeres piadosas, de edad madura, sin gracia, y hombres inteligentes, ambiciosos y cultos. Son ellos quienes permitieron la carrera de Karenin. Ana tiene amistades entre ellos, pero ahora se siente aburrida e incomoda en su compañía. Además, los considera insinceros. Por último, está la alta sociedad propiamente hablando. Es el mundo de los bailes, de las cenas, de la elegancia. El mundo de, por ejemplo, Betsy Tverskoy, cómplice y confidente de Ana. Un mundo hipócrita que no reconoce tener los mismos gustos que la clase media, con la salvedad de estar vinculados a la Corte. Llevan una vida cara.

Si bien Ana tiene acceso y sello de pertenencia dentro de este medio, sus amigos en estos círculos no lo son realmente. No tiene un vínculo real de afecto con nadie, y nadie le ofrece apoyo incondicional. En algún momento u otro, todos le molestan por diferentes razones. Sus amigos más constantes son Dolly y Stiva. De hecho, con ellos Ana está en su mejor momento, actuando

¹³ TOLSTOI, ob cit. Pag. 150

de manera natural y siendo la tía perfecta para sus hijos. Con su apoyo cariñoso y sus consejos prácticos, es crucial en la salvación de un matrimonio al borde de la ruina y en la restauración de un poco de dignidad y confianza en Dolly. Y ella nunca lo olvidará. A pesar de sus reservas y de lo incómoda que pueda llegar a ser la posición de Ana, Dolly siempre será su amiga y la querrá como tal. En cambio, sus otras supuestas amigas disfrutaban destrozándola con sus palabras y pronosticando un fin desastroso a su romance naciente.

Todo sujeto nace a un mundo de símbolos preestablecidos, a una historia familiar que lo marca por siempre y a partir donde se explica la realidad. Tolstoi apenas insinúa lo fue esta historia para Ana; pero le substituye el mito (el estereotipo), social. La estructura que determina y se apropia de los significados en su mundo. Los haceres y decires obligados, que se imponen como destino y que no vienen de Dios, sino del mandato colectivo de los hombres y mujeres de su tiempo y de su lugar.

IV. EL MATRIMONIO DE ANA

¿Porqué tirar por la borda tantos años de vida en común? Especialmente si eso implica cortar las amarras a un puerto seguro. Ana, al enamorarse de Vronsky, descubre que ha vivido en la jaula de oro de la fábula. Abre los ojos y descubre un abismo entre Karenin y ella. Un abismo que, sin los ojos vendados, no sabe franquear.

Miremos primero la “época de oro” de esta unión. Los tiempos en que eran una pareja exitosa:

Ana y Karenin se casaron a los 20 años de ella y los 32 de él. Para ella, él era un buen partido. Karenin, en cambio, se casó con ella por un sentimiento de obligación moral. Son una pareja que se mantiene a fuerza de hábitos. Karenin la concibe como un anexo suyo y no le concede (mentalmente), una existencia separada. Ana le tiene afecto, tal vez hasta amor, pero no siente pasión por él.

No sabemos nada de la Ana niña o adolescente. La única familia de que Tolstoi nos da noticia es un par de tías, que la criaron, y su querido hermano Stiva.* Al parecer ha pertenecido siempre a la élite rusa, aunque posiblemente

* Todo ruso tiene tres nombres: el nombre dado; el patronímico o nombre del padre unido a un sufijo que significa hijo(a) de; y el apellido. Comúnmente, utilizan solamente el nombre dado y el patronímico al interpelar o referirse a alguien. Hombres y mujeres rusos, cargando el peso del nombre del Padre. De este modo, el nombre bajo el cual es conocida Ana es: Ana Arkadyevna, aunque por motivos de claridad continuaré refiriéndome a ella como Ana Karenina.

no tendría una posición tan acomodada, de no ser por su matrimonio con Karenin. Resulta curiosa esta ausencia de pasado, en el personaje principal en la novela. Pareciera que Tolstoi, habiéndola construido minuciosamente a lo largo de años de trabajo, se nombrara padre, sin concederle una historia previa, desligada de la suya. Esto ocurre también con el otro personaje principal, Levin, de quien se ha dicho en repetidas ocasiones que es autobiográfico.

Pero de Karenin sí conocemos retazos de su pasado. Él creció huérfano, con un hermano. Ambos fueron educados por un tío que era un destacado funcionario gubernamental y quien lo apoyó para iniciarse en el mismo servicio, al completar con honores sus estudios. En adelante, Karenin se dedicó a procurar sus ambiciones políticas. Fue durante su período como gobernador de una provincia que conoce a Ana y se ve obligado a casarse con ella debido a las maquinaciones de su tía. Es decir, habiendo salido en algunas ocasiones con Ana, y habiendo tenido algunas atenciones con ella, la tía lo hace caer en la vieja trampa: o se casa con ella, siguiendo el comportamiento de un honorable caballero, o no lo hace, y actúa como un perfecto truhán. Esa es una opción que el carácter de Karenin no le permite siquiera contemplar.

Los nuevos esposos tienen un pasado que los hermana- su historia familiar sale de lo común. Sus padres ausentes y una soledad insinuada en el breve

esbozo biográfico de sus años de infancia y primera juventud, les dan acceso a un mundo de significantes compartidos y de expectativas compatibles. Su matrimonio les ofrece la posibilidad de pertenecer a otro y de ser como todos, parte de una familia.

Ya hemos dicho que el matrimonio no nació de una pasión desbordante pero, por decirlo de alguna manera, funcionaba. Ana y Karenin se enfrentaban juntos a los quehaceres e incidentes de la vida y los sorteaban con eficiencia, con corrección y perfectamente acoplados. Tenían una rutina, un hijo y compartían momentos y expresiones de afecto que daban forma a sus días. *“Ana sonrió, como sonríe la gente con las manías de quienes ama, y deslizando su brazo a través del suyo, caminó con él a la puerta del estudio.”*¹⁴ Cada cual conocía sus posibilidades, deberes y limitaciones, y sabía lo que podía esperar y no del otro. Ana se presta a Karenin, de quien respeta las virtudes y la honestidad, como una escucha atenta y apreciativa. Ella colmaba su necesidad de intimidad. Son importantes para ambos esos años de vida común, una vida cómoda, rica, poco demandante. Por otra parte, el matrimonio les confería un aura de respetabilidad, que a ella le dio un estatus social y que a él le permitió hacer carrera.

¿Será un engaño, el pretender que la relación estaba basada en el respeto, la amistad y la comunión? Aún en esos tiempos de concordia y vida en común, Dolly percibía una cierta artificialidad en su estructura familiar. Y también, el

¹⁴ TOLSTOI, ob cit. Pag. 126

lenguaje cotidiano de Karenin era uno de ironía ligera, que pretendía mitigar los efectos de las palabras y defenderse de emociones propias o ajenas. Un lenguaje-armadura. “...dijo a su esposa, bromeando en su manera habitual: ¡Qué bueno que justamente tenía una media hora libre para encontrarte y demostrar mi devoción!”¹⁵ Las palabras de Ana eran cariñosas, la actitud indulgente, pero su entrega era casi nula. Aparentemente. Es difícil saberlo, cuando la histérica se mantiene en la ficción del amor aún cuando lo enmascara bajo el aire de una “*belle indiférence*”.^{16*}

Ana tiene una religión, pero ésta no le define la vida. No acude a ella para resolver sus dilemas o apaciguar sus tormentos. Su dios es su esposo. Él es quien le da orden a sus días y de quien proviene la palabra que la nombra limpia o pecadora. Ella rinde tributo a un dios paternalista y benévolo, pero fuerte y terrible en su decreto sobre lo que debe ser. Karenin personifica el mandato colectivo que pesa sobre Ana y todas las mujeres como Ana. En el resumen de las expectativas de una sociedad, y es sólo una vez que se ha corrido el velo de la rutina, que Ana despierta a los sentimientos de repulsión, enojo y miedo que siente por él. Mientras tanto, ella se traga la impotencia de su marido y le concede el derecho divino de imponer su Ley hasta el absurdo.

¹⁵ TOLSTOI, ob cit. Pag. 121

¹⁶ FREUD, Sigmund. Obras Completas. “Estudios sobre la Histeria.” *Historiales Clínicos*. 2ª ed, Amorrortu Editores, Argentina, 1984. Vol. 2, Pag. 151

* Nota en *italicas* en el original.

Karenin es considerado generalmente como aburrido y conservador en extremo, pero Stiva dice de él que es un buen hombre. La princesa Myagky, en cambio, no duda en calificarlo de tonto. En todo caso, la única que no repara en el contraste que presentan su figura hermosa y su espíritu ávido de vida, con la figura poco agraciada y el carácter rígido de su esposo; es Ana. Sólo nos es posible entender ese lugar idílico de Karenin por el exceso de padre en la histeria, que enmascara el fracaso de la metáfora paterna. El superyo histérico se confunde con el padre idealizado, sosteniéndose en los registros de lo real, lo imaginario y lo simbólico. Ana se entrega al cuidado y a la tutela de una figura paterna severa, íntegramente convencional y fuerte. Si bien Karenin no es el amante pasional y tierno que Ana desea, es su sostén. Ella imagina tenerlo todo, hasta que Vronsky le mueve el piso y se descubre colgada de un tronco muerto.

Cuando lo ve con su nueva mirada, Ana reconoce una hipocresía en sus relaciones con su esposo que antes no había notado. Esto resulta aún más doloroso porque Karenin tarda en darse cuenta de ello, y sigue actuando como siempre. Ya antes se había probado ajeno a los celos, y ahora mantiene una ceguera espesa frente a su esposa. De hecho, es sólo al percibir que los demás consideran inadecuada su conducta, que Karenin decide recordar a Ana sus deberes hacia Dios y hacia el sacramento del matrimonio. Ella, que hasta entonces ha vivido bajo su mandato, lo desoye y responde en forma frívola y elusiva a sus imprecaciones. Karenin no se permite tener dudas o

temores y se envuelve en una racionalidad estricta que no deja un resquicio a su angustia. A partir de entonces comienza un irremediable distanciamiento entre ambos, que solo se detendrá temporalmente cuando Ana se halle al borde de la muerte. Con esa nueva vida, comienza también la incursión de Ana en la mentira, que cada vez le resulta más familiar y menos incómoda: *"...dijo Ana, a quien mentir, tan extraño a su naturaleza, se había vuelto no solamente simple y natural en sociedad, sino una fuente positiva de satisfacción."*¹⁷

Así, el matrimonio se instala en una farsa, en la cual cada quien conoce su papel a la maravilla y sigue una precisa coreografía. No cambian en nada sus hábitos, excepto que Karenin se encuentra aún más ocupado que de costumbre y que el tono irónico con que se dirige a su esposa se vuelve un tanto más frío. Se desentiende del problema, enorgulleciéndose de haber cumplido con su deber cristiano, y reprime toda emoción que de cerca o de lejos la concierna. El que siempre había sido un padre cariñoso y considerado, se vuelve frío y distante con Seriozha. Prefiere negar toda evidencia de lo que ocurre a su alrededor -las advertencias, los chismes, el miedo que ahora despierta en su hijo, las insinuaciones de Ana- y pretender que su vida sigue como antes y que es su trabajo indispensable lo que no le permite descanso o distracción alguna.

Ana, con una nueva lucidez, ve a través de la fachada autocomplaciente de su marido y lo descubre ambicioso e insincero. Cada palabra u opinión suya la

¹⁷ TOLSTOI, ob cit. Pag. 318

irritan, y se vuelve más dura con él entre más culpable se siente. Le resulta más fácil considerarlo como un monstruo, inmerecedor de su respeto, que admitir su parte de culpa y lo indigno de su relación actual. Ya no se permite reconocer indicios de los sentimientos que su marido siente por ella y prefiere imaginar que no existen y que él no la quiere. Se juzga como una mujer mala y no sabe que quiere de él. Finalmente, la situación explota. Después del episodio las carreras de caballos, en que Vronsky se ve en peligro y Ana despliega su preocupación por él ante todos; confiesa a Karenin la verdad. A solas en su carruaje, le vomita palabras de odio- por él, y de amor- por Vronsky, para después romper en llanto.

Karenin tiene un talón de Aquiles que vulnera su impenetrabilidad: no soporta ver llorar a mujeres o niños, porque esto le despierta un torbellino de emociones. Por lo tanto, se protege de las lágrimas de su mujer con una fachada de muerto-en-vida y huye, remitiendo al día siguiente el comunicarle una decisión respecto a su futuro. La punzada que siente al confirmarse sus temores, deja paso a una sensación de alivio al librarse de la incertidumbre. Ahora ya puede retomar el control de su vida y siente cierto placer en barajar las posibles soluciones a una situación comprometedora: duelo, divorcio o separación. Teje una red de decepción en la que el principal engañado y el héroe supremo es él, que le protege y brinda consuelo por su pérdida. El único sentimiento que escapa a su feroz negación de lo ocurrido, es el deseo de castigar a su esposa. Decide al fin que continuarán su mascarada marital,

con la condición de que cese toda relación de Ana con su amante. Así, según su razonamiento, le da una oportunidad de reformarse y salvar su alma, al tiempo que él resuelve su propia vida y actúa conforme a los preceptos de su religión.

Ana, primero arrepentida de sus crueles palabras, olvida toda culpa al leer la carta en que se le comunica esta resolución. Se rebela ante la imagen cristalina con que Karenin pretende salir del enredo: *"...Ellos no saben como por ocho años ha aplastado mi vida, aplastado todo lo que vivía en mi- no ha pensado una sola vez que soy una mujer viva, necesitada de amor. Ellos no saben como a cada paso me ha humillado y ha permanecido satisfecho de sí mismo. ¿Acaso no me he esforzado, esforzado con todas mis fuerzas, por encontrar algo que diera sentido a mi vida? ¿Acaso no me he esforzado para amarlo, para amar a mi hijo cuando ya no podía amar a mi esposo? Pero llegó un tiempo en que me di cuenta que ya no podía engañarme más, que yo estaba viva, que yo no tenía la culpa, que Dios me había creado con una necesidad de amar y vivir." "...se encargará de que yo, pobre mujer perdida, me hunda aun más, sea aún más desgraciada..."*¹⁸ Pero esta apología de su amor y de su persona no pasa de sus labios ni se traduce en letras sobre un papel blanco. Ana sabe que sólo le queda doblegarse y aceptar. Sin embargo, aclara a su marido que no mantendrá con él relaciones sexuales, ni dejará de ver a Vronsky.

¹⁸ TOLSTOI, ob cit. Pag. 314.

El supuesto matrimonio sigue en pie y la expectativa de un cambio alarga la espera de los tres protagonistas, hasta que ocurre un encuentro inesperado de Karenin y Vronsky en el curso de una visita ilícita.

Karenin decide entonces viajar a Moscú, para tramitar el divorcio. Mientras tanto, cada vez se ve más afectada su carrera y vida pública, por su papel de pobre-hombre engañado. Su falsa posición y la realización de lo que para él implicaría una separación oficial, despiertan de nuevo su odio por Ana. Cuando ella lo llama de regreso a su lecho de enferma, Karenin se descubre deseando su muerte.

La realidad parafrasea las mórbidas premoniciones de Ana, quien apenas sobrevive al parto. Ataviada de equilibrista, se balancea entre la vida y la muerte. Deja atrás toda urgencia y toda angustia y en una fantasía delirante, cree posible tenerlo todo: el amor y la paz, la estabilidad y la locura. Esto redimensiona la relación triangular entre ella, Karenin y Vronsky. Ambos hombres ceden ante una Ana pálida, agotada, casi borrada, que los obliga a reconciliarse. La enfermedad hace suya la ganancia secundaria del síntoma: el efecto coercitivo sobre los otros. Mientras tanto, la exaltación generosa que mueve a Karenin a dar su perdón, le devuelve su amor por Ana y le descubre un cariño naciente por Ani, hija del adulterio.

Cuando el peligro pasa, se rompe la tensión que los une. La normalidad vuelve a hacerse cargo de sus vidas y la tregua no resiste. El matrimonio se empantana aún más, con el peso agregado de que Karenin es despreciado por todos, y que Ana soporta difícilmente su presencia, no se interesa por su hija, ni ve más a Vronsky. Esta vez, hace falta la mediación de Stiva, para que Karenin consienta (con dolor, en contra de todos sus principios e intereses), otorgar el divorcio y la custodia de Seriozha a Ana.

Vronsky se entera de esto a través de Betsy Tverskoy, y la busca. Tanto él como Ana olvidan sus anteriores resoluciones y lo dejan todo para partir hacia Italia, un mes después. Él renuncia a su carrera en la milicia, y ella deja a Seriozha en la custodia de su esposo después de negarse al divorcio.

¿Cómo es posible que Ana haga a un lado lo que podría llamarse su oportunidad dorada de ser feliz? Con el consentimiento de Karenin a darle lo que ella proclama que su corazón más ansía: Vronsky y Seriozha, tendría que haberse cumplido su sueño y realizado su deseo. Pero Ana, que ha sublimado su sufrimiento hasta hacer de él un goce casi puro, declina entregarse a un vulgar final feliz. Karenin le dio la posibilidad de ser mujer-madre, Vronsky la de ser mujer-amante, y esas dos posibilidades le resultan inconciliables. Eso, y tal vez la conciencia de que su hijo amado no cabe en su nuevo mundo de pasión absoluta e incompañada.

Desde entonces, Karenin deja que decidan por él en este conflicto. Se abandona a la desesperación de no tener quien lo conforte, sabiendo que su desgracia sólo aleja a los demás. Que el único amigo con quien hubiera podido compartir su tristeza está muy lejos. De las mujeres, no quiere nada. No obstante, esto no detiene a la condesa Lydia Ivanovna, quien lo aprecia y hace lo posible por confortarlo. Le da su amistad y le revela la existencia de un misticismo religioso del que Karenin bebe consuelo y que lo reafirma en su autocomplacencia. Además, se erige en su ama de llaves, y habla con Seriozha, diciéndole que su padre es un santo y que su madre ha muerto.

Por esa época, la carrera política de Karenin llega a un tope. No se sabe a ciencia cierta si por el rompimiento de su matrimonio o por otras razones, pero la condesa se vuelve su oasis en medio de tanta contrariedad.

V. ANA MADRE

Recordó el papel de madre que vive para su hijo, en parte sincero pero grandemente exagerado, que había representado en los años pasados, y sintió con alegría que en su presente condición tenía ahora un apoyo, independientemente de su relación con su esposo o con Vronsky. Este apoyo era su hijo. Pasase lo que pasase con ella, no podía dejar ir a su hijo. Que su esposo la humillara y la corriera de casa, que Vronsky se enfriara con ella y siguiera viviendo su propia vida apartado de ella (pensó en él de nuevo con amargura y reproche), no podía dejar a su hijo. Tenía una meta en la vida.¹⁹

Seriozha es su verdadero amor. Es quien le da su afecto sin condiciones, depende de ella y la hace sentirse viva e importante. Es el único con quien tiene un vínculo tan estrecho de ternura y pasión no contaminadas por celos, por tedio o por culpa. Es su fuente de pureza y su remanso de paz en tiempos de incertidumbre y soledad. Ser madre la hace fuerte. Sin embargo, también es cierto que Seriozha le sirve de instrumento de poder, en la lucha por controlar su vida y decisiones. Además, el suyo es un amor teatral, que busca convencerse de su grandeza. Mientras hace falta, el hijo se sustituye al padre, pero frente al llamado de Vronsky se convierte en obstáculo.

Ana lleva a Seriozha con ella a todas partes: cuando no están juntos, habla de él, presume sus fotografías a Dolly, añora el momento de ponerlo a dormir, y

¹⁹ TOLSTOI, ob cit. Pag. 311.

su presencia, simplemente. Es por mucho la parte más importante de su vida. Tan grande es el lugar que ocupa en su imaginario, que tiene que ajustarse al Seriozha real en cada encuentro. No obstante, el niño es encantador y su presencia le proporciona un placer casi físico y un bienestar espiritual que apacigua sus dudas y alimenta sus sentimientos de virtuosidad.

Sin embargo, el hijo que fuera su refugio se vuelve una presencia amenazante, al comenzar la relación adúltera. Si bien los amantes mantienen una semblanza de simples conocidos frente a Seriozha, el niño sabe que entre ellos hay algo más. Percibe la aversión de su padre, de su aya y de su enfermera para con Vronsky, a quien su madre parece considerar su mejor amigo. Seriozha, confundido y asumiéndose culpable al no entender lo que ocurre, asume una postura escrutadora y a veces hostil con él. Tanto para Vronsky como para Ana llega a representar todo lo precario y angustiante que hay en su relación. Además, amenaza con destruir el frágil equilibrio que han construido entre sus padres y el intruso.

Seriozha, que antes fuera mimado por unos padres amorosos, pierde progresivamente sustancia, y se convierte en un símbolo. Para Ana, él es todo lo que deja atrás y lo mejor que hay en ella. Para Karenin, en cambio, es un recordatorio penoso de su esposa infiel y un objeto de venganza- lo único que le puede quitar a Ana. Así, cuando queda a su cargo, vela por su bienestar y

su educación, pero no le ofrece más que escasas muestras de cariño. El único amigo que tiene el niño en la casa es Kapitonich, el portero.

El símbolo está ligado a la muerte, y el Seriozha real se desvanece y, al menos para su madre, adquiere la consistencia de un fantasma- un fantasma que a veces la ronda vengativo, y que otras veces le aporta solaz en medio de la furia de su imaginario. Espectralizada su imagen y callada su voz, Seriozha se perderá para Ana por siempre.

El Seriozha real es un niño afectuoso y alegre, aunque también meditabundo. Como todavía no cree del todo en la muerte (que según él es sólo para las personas malas), entonces no hace caso a las palabras fatales de la condesa Ivanova y sigue esperando a su madre. Su deseo es verla en su próximo cumpleaños.

Mientras tanto, Ana al regresar de Italia, pide permiso a su esposo para visitar a Seriozha. Karenin rehúsa a instancias de Lydia Ivanovna, quien contesta en su nombre con una carta hiriente, que finge ser caritativa. Karenin procura convencerse de que es justo su proceder, y no motivado por un deseo de retribución, mientras Ana, espoleada por el tono de la carta y enfurecida por la red de mentiras que han tejido en torno al niño, decide visitarlo sorpresivamente. Compra una bolsa de juguetes y lo va a visitar en la mañana

del día en que cumple nueve años, sabiendo que a esa hora no estará su padre.

La casa le trae memorias agridulces, y sólo tiene acceso gracias al sirviente fiel que es Kapitonich. Encuentra a un Seriozha crecido, distinto al de sus sueños y de sus recuerdos, pero amoroso y dulce. Ana se lo come con los ojos y no puede evitar llorar de felicidad y nostalgia. Seriozha está muy alegre y emocionado y cuenta a su madre como él sabía que no estaba muerta. La escena es tan conmovedora que incluso el tutor del niño, tan severo, deja caer unas lágrimas. Ana abraza a su hijo sabiendo que tendrá que dejarlo y se despide de él sin decirle adiós, pidiéndole que no la olvide.

Aunque le faltan palabras para decirle las mil cosas que hubiera querido, sabe que su hijo entiende que ella es infeliz, que lo ama, y que se ha peleado con su padre. Lo que no entiende es su mirada atemorizada y avergonzada, y no se atreve a hacerle preguntas. Pero ella comprende su angustia y lo calma, diciéndole que debe amar a su padre, que cuando sea grande comprenderá como ella lo trató mal. Ambos lloran con el mismo desamparo y Ana se va, sin haber podido entregar su regalo. Antes, se topa brevemente con Karenin, y la inflaman el odio y los celos de no ser ella quien tiene a Seriozha.

Ana confía a Dolly su entrapamiento entre Seriozha y Vronsky: *"...Amo a estos dos seres solamente, y el uno excluye al otro. No puedo tener a ambos; pero esa*

es mi única necesidad".²⁰ Finalmente, se reconoce como amante antes que madre, y tiene que abandonar al niño. Pero, ¿cómo hace para serle infiel? ¿Cómo separase del hijo que le significa la encarnación de lo amable, lo querible? ¿Y cómo es capaz de romperse el corazón, a sabiendas de que no tiene compostura? Al verse impedida su maternidad física, posesiva, violenta, Ana se quiebra y no logra más rehacerse completa. Desde entonces, ya no le es fácil decir la palabra sagrada: "hijo". La calla, guardándola en sus pensamientos, o la escupe en un grito, en un tartamudeo. Ya no la mira de frente, como no mira de frente el sufrimiento de haber perdido a Seriozha.

Las últimas noticias que recibe de su hijo le llegan a través de Stiva, quien lo ve al visitar a Karenin, gestionando el divorcio en su nombre. Lo encuentra en buena salud, alto. Es un buen estudiante y tiene varios amigos. Nadie le ha mencionado a Ana desde su visita intempestiva, a la cual siguió una enfermedad del niño. Evade los avances del tío, confundido entre sentimientos de enojo y pena que le causa su parecido con la madre ausente. Es lo mismo que hace con sus sueños y recuerdos, los guarda allá donde no puedan dolerle. Sabe de las peleas de sus padres y acepta que le tocó vivir con Karenin y que debe hacerlo bajo sus condiciones. Pero después de un rato, se rompe el hielo y platica con Stiva, hasta que una mención de su madre lo hace callar definitivamente. Más tarde, a solas con su tutor, llora: "*¡Déjame solo!*

²⁰ TOLSTOI, ob cit. Pag. 671.

*¿Que le importa si me acuerdo o no me acuerdo? ¿Porqué debería acordarme?
¡Déjame solo!*"²¹

Su padre y la condesa, con la complicidad de Ana ausente, le han quitado todo consuelo. La última visita de su madre, entendida por todos como una despedida, lo ha dejado sin "fort... da" ni hilo, que lo hagan dueño de su ausencia.

Seriozha, quien ha ocupado el lugar del amante y a quien su madre le ha negado el papel de hijo al desautorizar a Karenin como Ley, se ve abandonado a favor de Vronsky, quien en adelante toma su lugar.

¿Y Ani? ¿Qué es para Ana su hija? La niña, que no parece tener mayor consistencia en la novela, tampoco la tiene para ella. Como no alcanza un carácter definido, en el tiempo en que ocurren las desgracias de Ana, nunca será mucho más que una hermosa bebé, que le habla de circunstancias odiosas. *"...Y todo esto hizo Ana, y la tomó en sus brazos, la hizo bailar arriba y abajo sobre sus rodillas, y beso la pequeña mejilla fresca y los codos desnudos; pero ver a la niña sólo hacía más claro que nunca, que el sentimiento que tenía por ella no podía siquiera llamarse amor en comparación con lo que sentía por Seriozha. Todo en la bebé era dulce, pero por alguna razón no tenía atrapado a su corazón."*²²

²¹ TOLSTOI, ob cit. Pag. 760.

²² TOLSTOI, ob cit. Pag. 567

Ana, histérica, es incapaz de darse a su hija. Esa niña bonita no es suya, es un posible rival que puede robarle el afecto de Vronsky, así como se ganó el corazón de Karenin. Es una amenaza para su inseguridad, y es mejor tornarla invisible, antes que asumirla como propia.

Ani es también un reflejo de la belleza impotente de Ana, que crecerá para revivir su búsqueda infructuosa por el significado en un mundo de hombres. Entre Ana y su hija no hay más que vacío y desencuentro. Ani es mujer y en ella su madre no busca ni encuentra respuestas.

VI. ANA Y VRONSKY

Vronsky es un elegante. El y sus amigos viven la "temporada", asisten a los eventos culturales y sociales de mayor alcurnia. Todos se conocen y comparten chismes, rumores y alusiones. Saben mucho sobre los temas de moda, o en todo caso están enterados de lo suficiente como para conversar en sociedad. El suyo es un grupo ocioso, que se considera ingenioso y se alimenta de su propia compañía y de su cómoda autosatisfacción. Comparte con ellos la creencia de que la sociedad de Petersburgo se divide en dos clases: la inferior, a la cual pertenecen los ridículos conservadores, de ideas y moral anticuadas; y la suya, progresista y audaz.

Vronsky es además un joven con una gran fortuna y con un prometedor inicio de carrera en la milicia. Se educó en un regimiento aristocrático, del cual salió muy joven y muy bien calificado. Se le describe como un hombre guapo y con prestancia. Todo esto se combina para darle una seguridad que raya en la vanidad, pero que no le impide un trato cortés y amable con todos. Es descrito por Stiva como enormemente rico, guapo, con influencias, ayuda de campo del Emperador, y un agradable tipo además.

Su padre logró subir en la escala social hasta obtener el título de Conde. Su madre fue en la juventud una brillante mujer de sociedad, que antes y después de la muerte de su esposo tuvo varios amantes. Nunca dio a Vronsky

un verdadero hogar y el ya casi no recuerda a su padre. Sin embargo, es el hijo favorito de su madre y se llevan bastante bien. Al grado que afirma no tomar ninguna decisión importante sin consultarla. Por su parte, ella habla de su hijo como de alguien noble y generoso, destinado a una carrera brillante. Vronsky fue educado en un regimiento muy reconocido, para después entrar al círculo de militares acomodados de Petersburgo. Llevó la vida lujosa y libre de un "hombre de mundo", antes de conocer a Kitty Shcherbatsky en Moscú, y hacerse su amigo. Esta breve relación se termina con un malentendido. Lo que él consideraba una amistad cariñosa, ella interpretó como un cortejo. Vronsky nunca pensó en casarse con ella, y una vez que conoce a Ana, Kitty desaparece de su universo y queda sola con su orgullo maltrecho. Pero si Vronsky no actúa como un perfecto caballero en este asunto, nadie lo culpa por enamorarse de una mujer tan atractiva como Ana. No es el primero en hacerlo. Si lo que cautiva al yo es la imagen, entonces Ana es la amada perfecta; la encarnación misma de su deseo.

¿Qué sedujo a Ana de Vronsky? Él tiene muchas cualidades, pero no es el único hombre interesante que ha cruzado su camino. Es muy probable que lo que llama su atención es su aire sumiso y la admiración respetuosa que le ofrece. Su pasión por Ana lo pone a sus pies, dándole un poder nuevo y desconocido frente a Karenin. Ella que siempre fue la esclava es ahora dueña, y si se somete a Vronsky es para entregarse voluntariamente a un destino

trágico. La tragedia engrandece, y Ana hace de ellos personajes de drama, con Vronsky como el comparsa perfecto.

Pero seamos generosos con él y acompañemos a una Dolly antes reticente, en su apreciación revisada de Vronsky: "*...mientras se ponía en el lugar de Ana. Era tan ferviente y le agradaba tanto ahora, que empezó a comprender como es que Ana podía estar enamorada de él*".²³ También tomemos en cuenta que Vronsky es un hombre querido y admirado por sus compañeros, confiable, honesto, con un buen sentido del humor y a quien no le faltan amigos. Ana no se enamora solamente de él como potencial esclavo. Su fascinación nace de la ambigüedad de ver a un hombre tan seguro en el mundo, volverse niño ante su mirada. Como reconoce Kitty al ver que Vronsky ha caído en una adoración casi atemorizada de Ana y de la posibilidad de perfección que ella evoca.

Finalmente, Vronsky es también reflejo de la alegría, la calidez, la amabilidad, y la seguridad de Stiva, el hermano amado. Con una madre que se adivina histérica y un padre que no logró imponer del todo su Ley, Ana tiene en su hermano un objeto de amor, replicado en Vronsky. No es casualidad que se enamore de un hombre que en algo se asemeja a su aliado y cómplice, si su esposo es tan rígido e indudablemente distinto a Stiva.

²³ TOLSTOI, ob cit. Pag. 655.

Ana, ya lo hemos dicho antes, no es feliz. Cuando aparece Vronsky, descubre la posibilidad de abandonarse a una corriente que si bien la aleja de la paz de la orilla, también la encamina hacia a los mundos fantásticos del deseo. Una vez iniciado el viaje, nada la detiene. Para ella, la respuesta a su demanda -que es de amor, como son todas las demandas- es una prueba de ese amor. Que él le pida, que haga de ella el objeto de su demanda, es el signo mismo de su amor. Desde el momento en que finge ante Dolly regresar a Moscú para que Kitty y Vronsky estén juntos, ya ha permitido a Vronsky enamorarse de ella y huye de él por miedo a actuar como Stiva- aunque pretenda negarlo, y se sienta confundida y culpable. En contraste con sus temores, se siente también alegre y orgullosa, al ver que Vronsky la siguió en su retorno a Moscú. Goza al máximo de este estado temporal de felicidad e incertidumbre, porque intuye la significación de entregarse a Vronsky, y así se lo hace saber: *"Amor, repitió despacio para sí" "... me desagrada esa palabra porque significa demasiado para mí, mucho más de lo que puedes comprender".*²⁴

Desde el momento en que se conocen, hasta aquel en que se vuelven amantes, transcurre casi un año. Y con el acto sexual, Ana se quiebra: *"Se sentía tan pecaminosa, tan culpable, que no le quedaba mas que humillarse y pedir perdón; pero ya no tenía a nadie mas que él en el mundo, y entonces fue a él quien dirigió su plegaria de perdón. Mirándolo, tuvo una sensación física de su degradación y no pudo decir otra palabra. Él sintió lo que ha de sentir un asesino al contemplar al cuerpo al que ha quitado la vida. El cuerpo al que le había quitado la vida era su amor, la*

²⁴ TOLSTOI, ob cit. Pag. 157.

*primera etapa de su amor. Había algo que causaba espanto y revulsión en el recuerdo de lo que se había pagado mediante este terrible precio de vergüenza. La vergüenza ante su desnudez espiritual la apachurraba y lo contagiaba. Pero a pesar del horror de asesino ante el cuerpo de su víctima, ese cuerpo debía ser descuartizado y el asesino debía hacer uso de lo que ha obtenido mediante su crimen.”*²⁵ Así se establece entre ellos una alianza que es mucho más que sexual y cuyos lazos culpables nunca se rompen. Ana es, a partir de entonces, sólo para Vronsky.

Ana, como las histéricas de Freud, sufre bajo la carga de una excesiva represión sexual, como una joven *“con ánimo virginal cuando el mundo de la sexualidad se le abre por primera vez.”*²⁶ No resulta sorprendente entonces, que Ana se atemorice y avergüence ante la revelación del cuerpo. Su propio cuerpo cargado de imágenes y significados escondidos, vehículo de su deseo.

Lo erótico va de la mano de la trasgresión, y *“En este incesto prorrogado, todo está entonces suspendido: el tiempo, la ley, la prohibición; nada se agota, nada se quiere: todos los deseos son abolidos, porque parecen definitivamente colmados.”*²⁷

Pasado el primer momento, Ana se niega a pensar en las consecuencias de su vínculo y sólo un sueño, en el que Vronsky y Karenin son ambos sus maridos afectuosos, la enfrenta a la realidad. Su sueño nace del fantasma edípico escondido en el inconsciente, único refugio de la contradicción. Es la satisfacción simbólica del anhelo.

²⁵ TOLSTOI, ob cit. Pag. 165.

²⁶ FREUD, ob cit. Vol. 2, Pag. 143

²⁷ BARTHES, Roland. Fragmentos de un Discurso Amoroso. 7ª. ed, Siglo Veintiuno Editores, México, 1989.

Ante las preguntas sobre sexo y existencia, las respuestas *“se constituyen en una conducta del sujeto que es su pantomima.”*²⁸ Una pantomima que en la historia es de demostración. Ana, Karenin y Vronsky re-presentan el triángulo primero: madre, padre, hijo. Ana, perdida la condición de hija obediente frente al padre omnipotente que es Karenin, ocupa el lugar de la madre deseada, y Vronsky, sometido a los designios de los esposos, se sitúa como hijo. En su desacato a la Ley sostenida por Karenin -que se erige como una paráfrasis de la prohibición del incesto- Vronsky es culpable de romper el tabú más sagrado: *“No desearás a aquella que fue mi deseo”*²⁹

Llega el tiempo en que Ana roza la muerte al dar a luz a la hija de Vronsky. La hija que no le será reconocida como suya, ni recibirá su nombre. Tanto Karenin- con su perdón, como Ana- con su arrepentimiento, impiden que Vronsky realice la transición del tener al padre como objeto de amor, a ser ese padre amado. Su psique desestructurada le lleva a protagonizar un delirante intento fallido de suicidio, intentando librarse de su complicidad involuntaria con Karenin. No ve más a Ana.

Pero la realidad se conjura para unir de nuevo a los amantes, quienes se rinden al imperativo del superyo: ¡goza! (¿Sufre?). Huyen hacia las cálidas

²⁸ BRUERE-DAWSON *et al.* “Pulsión y Fantasma en las Diferentes Estructuras Neuróticas” en FUNDACION DEL CAMPO FREUDIANO. Histeria y Obsesión. Ed Manantial, Argentina, 1986. Pag. 47

²⁹ Citado en MILLOT, Catherine. Nobodaddy. La Histeria en el Siglo. Ed. Nueva Visión, Argentina, 1988. Pag. 39

tierras de Italia, en donde la vida les resulta muy agradable. Su luna de miel transcurre sin decepciones, relajada, aunque limitada a la sociedad de "gente que entiende" su posición social. Ana se vuelve hacia Vronsky para saber como presentarse ante la gente. Procura olvidar su vida anterior, ocultándose el inevitable sufrimiento por lo que dejó atrás; pero la alegra una ternura muy grande por Ani. Durante un tiempo, las cosas van bien y ambos son felices, pero llega un momento en que Vronsky se cansa de buscar distracciones inútiles y en que Ana comienza a desgastar a ambos con sus escenas de celos. Inexorablemente, los celos hacen una aparición cada vez mas frecuente en su imaginario, al grado que ambos dan en llamarlos el demonio de Ana. Al final, deciden volver a Rusia.

En un principio, viven en Petersburgo, en pisos separados del mismo hotel. Para este entonces, Ana ha perdido definitivamente su lugar en la sociedad. Si bien es cierto que todavía teme al qué-dirán, ha desechado todas las oportunidades de "rehacerse" ante ella, lo cual le vale perder incluso la amistad de Betsy Tverskoy, quien fuera su celestina. También la madre de Vronsky, que inicialmente consideraba la relación elegante, la repudia al percibir su carácter desesperado. Y con ella, gran parte de la sociedad, quien acude gozosa ante la oportunidad de enlodar a una mujer antes considerada un ejemplo de virtud.

Sin embargo, a pesar del ostracismo que encara por su postura rebelde, existe quien admira el valor de Ana al enfrentarse a la falsedad de su mundo. Una de estas personas es la princesa Myagki: *"Hizo lo que todos hacen, exceptuándome- sólo que lo esconden. Sólo que no quiso mentir e hizo bien."*³⁰ Pero también ella le da la espalda cuando rompe demasiado flagrantemente con los límites del "buen gusto" y se vuelve persona *non grata* en su medio. Hay límites que no se deben franquear, y aún las personas más osadas los respetan. ¿Porqué es que Ana los obvia y se hace un daño irreparable? Tal vez porque supone que en el goce encontrará una respuesta. Una respuesta que es la muerte.

Su aislamiento y la pérdida definitiva de Seriozha van profundizando la grieta entre ella y los otros. Responde mecánicamente ante todo, incluyendo a su hija. De Vronsky, duda por cualquier motivo y se adorna con cada vez más esmero, en un intento por conservar fresco su amor. Cada nueva definición de su posición en la sociedad, la avergüenza y se siente frecuentemente miserable. *"Vronsky vio en sus ojos que no sabía en qué términos deseaba él estar con Golenshchev, y entonces temía no comportarse según sus deseos."*³¹

En contraste, su amante comienza a preocuparse por sus repentinos despliegues de vivacidad y gracia exagerada. Una vez, harta de su vida monótona, lo desoye y acude a un evento público, exponiéndose

³⁰ TOLSTOI, ob cit. Pag. 763.

³¹ TOLSTOI, ob cit. Pag. 487

voluntariamente a la humillación de todos aquellos que fueron sus pares. El incidente enoja muchísimo a Vronsky, quien comienza a cansarse hasta de su belleza. En la pelea que sigue, Ana le lanza reproches que él se cuida de no contestar, calmándola con huecas palabras de amor. Deciden partir al campo para alejarse de todo.

Hacen su hogar en la finca de Vronsky. Viven lujosamente, rodeados de unas cuantas personas que, o trabajan para ellos (como su arquitecto), o no ponen reparo en su situación anormal. Entre ellos la princesa Varvara, tía de Ana, quien se propone como chaperona a cambio de vivir a costa de la pareja.

En esos días, Dolly decide hacerles una visita, a pesar de las objeciones de su familia. Quiere mucho a Ana y le resulta un tanto romántica la idea de que su amiga hizo “todo por amor”. Sin embargo, una vez ahí, se siente algo incómoda y entre ambas mujeres se erige una barrera de timidez. Dolly se muestra renuente a pronunciarse respecto a la posición de Ana y ésta deja siempre para después el momento la plática detenida y honesta que le ha prometido. No obstante, la amistad entre ellas es suficientemente fuerte como para que Dolly le diga que la quiere tal y como es, sin necesidad de cambiar nada en ella, y para que Ana reciba sus palabras con lágrimas en los ojos.

Dolly descubre en Vronsky a un terrateniente y administrador entusiasta, quien ahora se encarga de la construcción de un hospital para la zona. Este

edificio será una ofrenda para Ana, herencia de una discusión anterior de la pareja, en que ella lo acusa de ser poco generoso. La cuñada de Ana también encuentra muy bien a Ani, pero le resulta aparente que su madre tiene muy poco que ver con su cuidado. Ana finge apenarse por su falta de interés en la niña. Dice a Dolly que ha visto a Seriozha, que ya le contará. Y vuelve a hacer ese gesto, nuevo en ella, de entrecerrar los ojos. Ese *“gesto... que concordaba mejor con el contenido de los pensamientos escondidos tras ese dolor”*.³² *“...una expresión simbólica para sus pensamientos de tinte dolido”*,³³ como si con ese acto pudiera difuminar los contornos de una realidad lastimosa.

En el transcurso de la visita, Vronsky provoca una plática a solas con Dolly, en su carácter de única amiga de Ana. Le cuenta que le preocupa la difícil posición de su amante. Asegura que ella es feliz -y la seguridad con que hace esta afirmación lleva a su interlocutora a dudar de ella- pero que teme por el futuro. Le dice estar unido a Ana con lazos sagrados de amor, en la persona de su hija. Que es terrible que tanto la niña como sus futuros hijos lleven el apellido de Karenin en vez del suyo, y que con Ana no puede hablar del tema. Vronsky afirma estar contento, pero que también necesita ocupaciones y una vida activa. Aprovechando la paciencia y el interés de la visitante, le vierte su alma, antes de pedirle que interceda con Ana, para pedirle que obtenga su divorcio. De eso va la felicidad de Ana y de sus futuros hijos. Parece, sin embargo, que Ana y el no son de una misma opinión al respecto.

³² Freud, ob cit, Vol. 2, Pag 153

³³ Freud, ob cit, Vol. 2, Pag 167

El entusiasmo que Vronsky siente por Ana no ha dejado de ser amoroso; pero el paso del tiempo, la falta de reconocimiento de sus pares, la rutina y los celos, lo han enfriado. Su certeza de ser el único con el derecho a amarla, se ha convertido en la certeza del derecho a poseerla. Ha dejado de ser el galante persecutor de una mujer casada, a ser un cuasi-marido, sin los privilegios ni seguridades que da el matrimonio. Es en parte por satisfacer su orgullo narcisista y en parte por dar a Ana de nuevo un estatus que le permita vivir, que Vronsky aboga por “regularizar” su situación, casándose con ella.

Ana se decide por fin a platicar con su cuñada y le cuenta que no piensa tener otros hijos. Una vez más, entrecierra los ojos al tocar temas que le son todo. Evade los argumentos de Dolly a favor del divorcio y le explica como es que debe mantenerse bella para no perderlo. Como, no siendo para Vronsky más que una amante, no puede permitirse el lujo de perder su figura teniendo hijos. Además, debe interesarse en todo lo que a él interesa. Ana, que es omnisciente y lee a Vronsky de pies a cabeza, se equivoca en esto. Al negarle a Vronsky un lugar de padre legítimo, consagrado por las leyes sociales; impide el rompimiento del triángulo edípico que los ata a Karenin, y que lo mantiene en el lugar del hijo insubordinado. También le niega el placer de perpetuarse en los hijos que heredarán los frutos de su trabajo. Prefiere mantenerse en la ilusión de la princesa rescatada de la torre, en el cuento del: “...y vivieron felices para siempre.”

Pero esta fantasía optimista se opone a la melancolía con que considera su posición. Dolly le reprocha ver demasiado el lado oscuro de las cosas, y Ana contesta: *"No puedes entender. Es demasiado espantoso. Trato de no mirar para nada."*³⁴ Piensa en la posibilidad de un matrimonio con Vronsky a cada momento, y al mismo tiempo se reconviene por ello, porque sabe que puede volverse loca. Ya no puede dormir sin morfina. Teme que aún si hiciera el esfuerzo de pedir el divorcio, Karenin no le cedería a su hijo, y llora a Dolly su entrapamiento entre sus dos amores, Vronsky y Seriozha.

Dolly los deja, compadecida de Ana pero haciendo lo posible por borrar todo el episodio de su mente. Por su parte, los anfitriones tampoco hablan de la visita entre ellos, y Ana se resigna a enterrar su dolor, el único vínculo con los tiempos en que se sabía buena. Con el adiós de Dolly, deja atrás la mirada nostálgica del yo ideal, que se vuelve hacia lo que fue.

Permanecen en la finca unos meses, durante los cuales ella lee mucho, especialmente libros y revistas técnicas sobre temas que interesan a Vronsky, y le ayuda en la organización del nuevo hospital. A él le agrada sentir su apoyo, pero crece su sensación de estar atrapado en su red. Además, cada vez tiene que enfrentar más escenas de celos de parte de Ana. Una de las peores ocurre en una ocasión en que Vronsky se ausenta de casa, para acudir a unas elecciones regionales. Él, que va adquiriendo preeminencia entre la nobleza

³⁴ TOLSTOI, ob cit. Pag. 671.

local y que disfruta de su escapada, tiene que regresar para acudir al llamado de Ana, que se dice preocupada por su hija enferma. Lo cierto es que tardó más tiempo del previsto y Ana toma de pretexto un malestar sin importancia de la niña para traerlo de vuelta. Sabe que es imprudente actuar de esta manera, pero en cada afirmación de independencia de Vronsky ve una humillación, y su frialdad la trastorna. Prefiere verlo y saber que hace, aunque se canse de ella, porque *“... se sabe que el odio no es lo contrario del amor, sino que amor y odio constituyen un par solidario frente al verdadero opuesto de ambos que es la indiferencia.”*³⁵ Quiere mantener con él un diálogo constante que excluya al mundo. Mientras Vronsky busca el cobijo de una estructura social que lo sostenga, Ana teme que sus muros la mantengan fuera. En su religión solitaria no caben los otros.

Al caer la Ley de Karenin, Vronsky pierde su aliado frente al hoyo negro que es el amor de Ana. Desamparado, sin los límites protectores de la convención y de la prohibición, Vronsky se ve obligado a rebelarse y a emprender un titubeante camino hacia la adultez; mientras que Ana quisiera ser *“el límite de su cuerpo y de su libertad.”*³⁶

Ana ha ocupado la ausencia con actividad- de día, y con morfina- de noche. A su retorno, él no puede perdonarle que haya usado a la niña para engañarlo,

³⁵ BRAUNSTEIN, Nestor *et al.* La Clínica del Amor. Coloquios de la Fundación. “Mi Papá Me Pega (Me Ama)”. Fundación Mexicana de Psicoanálisis, México, 1992

³⁶ MORALES, Heli. El Sujeto del Inconciente. Diseño Epistemico. ENEP Aragón, México, 1993. Pag. 155.

ni que se dijera dispuesta a dejarla sola para irlo a buscar. El enfrentamiento no es fuerte, pero Ana descubre en los ojos de Vronsky una hostilidad nueva. Decide escribir a Karenin pidiéndole el divorcio. En la espera de una pronta respuesta, hacen juntos el viaje a Moscú, y una vez ahí, ponen casa en común.

La estancia es ser más larga de lo esperado, y Ana se entretiene lo mejor que puede. Escribe un libro para niños y da ayuda a una familia de ingleses, cuya hija es su protegida. Qué mejor ejemplo de sublimación que ese vuelco hacia la niña a su cargo y hacia la escritura que alivia. Pero este destino socialmente aceptable y hasta encomiable, no es el único que Ana da a sus pulsiones. Una vez que Levin la visita, instigado por Stiva, lo enamora conscientemente. Lo seduce en cuerpo y alma. Hace lo mismo con otros, juguetes sin importancia, ostentando sus hermosos colores de pavo real. Pero el único destinatario de ese despliegue es Vronsky; recurrente y obsesivamente, Vronsky. Y Ana comprende que todo lo que hace es por llenar los interminables espacios en sus días. Que está atrapada, sin nada que hacer para cambiar su situación. La carcome la angustia y se entrega a la autocompasión y a una creciente hostilidad para con Vronsky. Comienza a dudar de él, que nunca miente. Ya no puede controlar sus celos. Él a su vez se enreda cada vez más en los conflictos con Ana, a quien día con día le es más difícil alegrarse ante sus esfuerzos conciliatorios. En una ocasión, tras una terrible discusión, le dice llorando que tiene miedo de sí misma, y que se siente cercana al desastre. Él cede, y ella es consciente de que ha ganado la batalla, pero que no podrá

amenazarlo de nuevo con su muerte, o lo perderá. Pero no sabe como exorcizar al espíritu negro que ronda sus amores.

Sin saberlo, Ana hace eco de los sentimientos de Julie Lespinasse, otra desdichada que se dirige desgarrada a su amado: *“No quiero, Amigo mío, en los pocos días que me restan de vida, dejar pasar alguno sin recordarle que usted ha sido amado hasta la locura por la más infeliz de las criaturas. Si, amigo mío, yo le amo. Quiero saberlo perseguido por esta triste verdad; quiero que esto perturbe su felicidad; deseo que el veneno que ha destruido mi vida y que, seguramente, le pondrá fin, provoque también en su alma un sentimiento doloroso que le obligue a deplorar la pérdida de aquella mujer que le ha amado con tanto cariño y con tanta pasión. Adiós amigo.”*³⁷

Stiva se acerca a su cuñado para pedirle que conceda el divorcio a Ana (y, dada la ocasión, pedirle también un favor personal). Debido a la nueva filosofía mística de Karenin, y la vergüenza que Ana le significa, Stiva necesita hacer gala de mucho tacto, y de una cortesía rayana en la zalamería, para presentarle su discurso. Karenin ofrece dar una respuesta al día siguiente, ya que necesita primero pedir consejo. Su gafa en tal decisión es un farsante francés, que supuestamente oye voces. El veredicto llega a Ana, en la persona de una desdeñosa Lydia Ivanovna: se le ha denegado el divorcio.

³⁷ Citado en: CARUSO, Igor. La Separación de los Aniantes. Una Fenomenología de la Muerte. 8ª ed. Siglo Veintiuno Editores, Mexico, 1981. Pp. 85, 86

Mientras tanto, Ana y Vronsky han estado esperando la decisión en un ambiente tenso. Cansados e irritables, evitan hablar de sus rencores, pero insisten incansablemente en probar que el otro está en un error. Ana razona de esta manera: el amor de Vronsky por ella disminuye, por lo tanto ama a otra. Y sus celos son combustible para más discusiones. Para ella, Vronsky deviene el culpable de todo lo malo en su vida, incluso de la pérdida de su hijo. Se enfrascan en peleas que comienzan con naderfías y se convierten en un intercambio de insultos. Tanto, que Vronsky se atreve a empequeñecer con sus palabras la maternidad de Ana, infringiendo los límites de un territorio vedado.

Ana se da cuenta que ambos persiguen pensamientos odiosos en círculos y reconoce que él la ama, que no le miente, que ella también lo ama. Hace resoluciones de cambiar, que no resisten el embuste de sus celos, y estallan nuevas peleas. Cada incidente se vuelve para ella un signo, que cobra un sentido extraordinario y le provoca respuestas absurdas; un lente que magnifica la pavorosa fatalidad de su destino. Hasta que Vronsky pierde la paciencia y se contiene a duras penas. La palabra amor va y viene, gastada, convertida en un estribillo sin sentido. Él sale de la casa y Ana no sabe si este es el final de su relación, ni que hacer, ni a donde ir. Vuelve a ella el pensamiento de que su muerte sería la solución ideal. Pero construyen una reconciliación llorosa, y la ternura de Vronsky la hace feliz de nuevo. Deciden regresar a la finca campestre.

Al día siguiente, reciben un telegrama de Stiva, que anuncia que el divorcio probablemente no les será concedido. Eso reanima una discusión en que Vronsky reprocha a Ana su irritabilidad. Comienza otra gran pelea, que es interrumpida por un amigo que viene a llevarse a Vronsky. Y por primera vez, termina el día sin que se hayan reconciliado. Ana se imagina lo que pasará por la mente de Vronsky. Se cuestiona si de verdad cree que él no la ama y si es posible seguir juntos.

Trastornada, y con la cabeza llena de opio, ve como crecen las sombras nacidas de la luz parpadeante de una vela, y su mente alterada hace de ellas heraldos de la muerte. La vela se apaga y se siente morir. El horror es demasiado y se cuelga con fuerzas al llamado de la vida. Pero, una nueva dosis de opio y un sueño intranquilo la sumen en una pesadilla. Es una pesadilla que data de hace mucho tiempo, de antes de que conociera a Vronsky, y se refiere a un viejecillo horrible que murmura en francés y le hace cosas inimaginables con un fierro, aún cuando parece no prestarle ninguna atención. La culpa la ronda, escondiéndose dentro de la poesía horrificca del sueño. Ana comienza a titubear ante el abismo, acariciando los bordes de la locura; aquella que los doctos nombran psicosis. *“Y la idea de la muerte se presentó clara y vívidamente como la única manera de revivir su amor por ella, de*

castigarlo y de ganar la victoria en la competencia que el espíritu malvado en su corazón sostenía contra él."³⁸

Con el día, despierta al optimismo. Pero no tarda en volver a instalarse la discordia entre los amantes. Ana responde a la reacción hastiada de Vronsky con la amenaza de que se arrepentirá de sus palabras. Sale del cuarto y Vronsky, que considera vulgar su actitud, se arrepiente de un impulso de seguirla y ofrecerle consuelo. Decide no hacer caso de lo que considera un desplante de su amante *"indócil, lunática, hasta maligna"*³⁹ y parte a cumplir con sus pendientes. Pero al negarle la palabra redentora, Vronsky invita a la muerte; que sólo puede evitarse mediante el reconocimiento de un pacto entre el Amo y el esclavo. En donde Ana deje de ser para sí (ama, amante), y acepte que es para Vronsky (ya no más su esclavo).

Ana lo ve irse y siente el mismo frío en el corazón que la envolvió la noche anterior. Una intuición nacida del delirio le dice que todo ha terminado entre ellos y le envía una nota, llamándolo de regreso porque tiene miedo. Va hacia la guardería, imaginando encontrar ahí a Seriozha: *"¿Cómo es esto? Esto no está bien- ¿este no es él! ¿Adónde están sus ojos azules, su dulce, tímida sonrisa?"*⁴⁰ Cuando ve en su lugar a Ani, la niña le recuerda tan intensamente a Vronsky, que se aleja de la habitación, conteniendo el llanto. Ya en su cuarto, frente al espejo, primero no sabe quien es la mujer febril que la mira y luego,

³⁸ TOLSTOI, ob cit. Pag. 784

³⁹ Freud, ob cit, Vol. 2, Pag 153

⁴⁰ TOLSTOI, ob cit. Pag. 787

reconociéndose, siente sobre su cuerpo los besos de Vronsky. Teme estar perdiendo la razón y llama a Annushka, su sirvienta, a ayudarla. Pendiente del reloj y esperando la vuelta de su amado ausente, se enreda en la realidad.

Recibe aviso de que no han podido alcanzar al conde Vronsky y ella lo manda buscar en la propiedad de campo de su madre. Entonces, decide ir a ver a Dolly y pasar con ella la espera. En el camino a su casa, resuelve que la muerte no es inevitable y se apena de su exabrupto. Rondan pensamientos confusos en su cabeza, pero finalmente decide que dejará a Vronsky. ¿Qué es lo que reprocha a Vronsky? Cuando él se lo entrega todo: amor y desamor, presencia y ausencia, cuerpo y alma. Finalmente, lo único que no le puede dar es un saber que le restaure su feminidad. El significante perdido que ocupa el lugar de objeto en su fantasma.

La visita a Dolly no es exitosa. Kitty está presente y Ana recuerda que Vronsky y ella fueron muy cercanos, hace tiempo. Piensa que seguramente se habrá arrepentido de no casarse con ella. Durante la visita, se muestra rara e irritable con Dolly, y encuentra un goce perverso ser desagradable con Kitty. Lee una carta enviada por Stiva a su mujer, en la que afirma que todavía existen esperanzas de que Karenin le conceda el divorcio. Pero estas esperanzas ya no le conciernen ni le importan. De regreso en su carruaje, se siente aún peor que antes, humillada por la compasión distante de Kitty. En

esta vuelta a casa, sus pensamientos son de una lucidez notable, teñida de cinismo, y todo lo que ve esta bañado de esta nueva certeza.

La nota que envía Vronsky en respuesta a la suya no la alcanza, por lo que decide buscarlo en casa de su madre, para hablar con él y decirle que lo dejará. Mientras tanto, no puede sacudirse la impresión de que los sirvientes obedecen de mala gana sus órdenes. Ni puede despojarse de su nueva óptica despiadada. De Vronsky, piensa que ciertamente la ama, pero que en su amor ya no queda entusiasmo y que para él será un alivio verla partir. Que ella, quien fuera motivo de su orgullo, ahora lo avergüenza. Tal vez intuye que el amor pertenece al espacio narcisista, y que si ella ya no encarna la esencia de la perfección para su niño-amante, entonces su amor ya no lo aureola de invencibilidad, sino que lo opaca.

En ese momento, se confiesa que él no quiere a ninguna otra mujer ni piensa casarse con alguna otra, pero también que sabe algo más: *"Si yo pudiera ser cualquier cosa menos su amante, deseando apasionadamente sus caricias- pero no puedo, y no quiero ser ninguna otra cosa. Y mi deseo le causa disgusto, y eso despierta mi resentimiento, y no puede ser de otra manera."*⁴¹ Su pasión recuerda al dictamen freudiano, según el cual las histéricas se caracterizan por un despliegue hiperpotente de la pulsión sexual.

⁴¹ TOLSTOL, ob cit. Pag. 796.

Su deseo no es sólo deseo de sexo, pero esta avidez por lo físico es lo que resulta más escandalosa a su "conquistador", quien no está preparado para ceder su supuesto estatus de portador del falo frente a la mujer pasiva o meramente receptiva. Siendo que Ana no se viste de frigidez para asegurar la infalibilidad del goce fálico, ni disfraza su amor de timidez, resulta castrante para Vronsky. El que él sea un hombre viril y confiado bajo cualquier criterio cultural, no lo libra de someterse ante la mujer espléndida con que reviste a la Ana de carne y hueso, en su imaginario.

Además, Ana no cesa en su esperanza de alcanzar un goce absoluto, aquel que no puede alcanzarse. Confundiendo al goce con la persecución inacabable de lo inasible, el más allá del deseo reaparece cada vez que cree tener a su objeto. El goce se revela radicar en el deseo, en el hueco de la falta, pero Ana se aferra al Vronsky real, al tiempo que lamenta que no tenga las dimensiones míticas que requiere de él. Paga el precio de su goce con una culpa lacerante y exhibe al mundo sus llagas siempre abiertas. Porque, como descubrió Freud, de lo único que puede enfermarse la histérica, es de deseo. Ana habla su deseo, y es en este decir que el deseo se articula, aun cuando Vronsky no quiera escucharla.

Su relación, en la que se evidencian más y más las fisuras que crea el tiempo, revela la confusión estructural de amor y odio de la neurosis. Ana no quiere que estén juntos para satisfacer un sentido del deber en Vronsky. Donde el

amor termina- piensa- nace el odio. Y recuerda que también se llamaba amor lo que tenía con Karenin.

En ese momento, ya no existe nada que Ana pueda hacer por salvarlos. Sabe que, aún si su esposo le concediera el divorcio, esto no cambiaría en nada el desprecio que sienten por ella Kitty y tantos otros, y Seriozha se seguiría preguntando por sus dos maridos. Además ¿podría todavía surgir un nuevo sentimiento entre Vronsky y ella? ¿Podría hacerse menos su tormento, si no renacer la felicidad? No. Aunque sea ella, según piensa, la causante de la infelicidad de ambos.

Toma el tren en la estación, todavía con algún asomo de esperanza. En su mismo compartimiento viaja una pareja desdichada y poco interesante, cuya conversación forzada le confirma que la felicidad no existe, que es un mito inalcanzable. Todo le parece falso, malo, engañoso. Lo cotidiano se le aparece lleno de significaciones que sólo ella puede descifrar y que le hablan de un mundo invivible.

Al término de su viaje, desciende del tren en medio de una multitud, entre la cual encuentra por casualidad al ayudante de Vronsky. Éste trae consigo una nota de su patrón, para entregarla a Ana. En la nota dice que siente que no se hayan encontrado, pero que regresará por la noche. Ella despide al ayudante y se aleja. *“No dejaré que me tortures, pensó, dirigiendo su advertencia no a él, ni a*

sí misma, sino al poder que la hacía sufrir,..."⁴² No sabe a donde ir, hasta que viene a su cabeza la imagen del hombre arrollado por un tren, aquel día en que conoció a Vronsky, y entonces sabe que hacer. Porque los amantes siempre buscan tener la última palabra en una discusión; y sólo sustituyendo la palabra por el acto (suicida), se adueñará de la única verdad contundente y final. Y porque *"No se vuelve loco quien quiere"*,⁴³ para perderse en la nada permanente de la incoherencia. La locura de Ana es sólo prestada y no es tanta que le impida reconocerlo.

Se dirige hacia el andén, pensando que lo castigará con su muerte y escapará de todos y de sí misma. El peso de su bolsa le impide arrojarla frente al primer tren, pero se santigua y se avienta bajo las ruedas del segundo. En los breves instantes que anteceden al embiste de la maquina, se horroriza de su acto y se pregunta dónde está, qué hace ahí, y porqué lo hace. (Nadie cree realmente en su propia muerte). Pero no le queda tiempo más que de pedir perdón a Dios, para después morir.

Su único epitafio, en boca de la Condesa Vronsky: *"Sí, terminó como merecía morir una mujer así. Hasta la muerte que escogió fue vulgar"*⁴⁴ Y ¿qué peor condena puede hacerle una mujer para quien la vulgaridad es un anatema, lo

⁴² TOLSTOI, ob cit. Pag. 801.

⁴³ LACAN, Jacques. El Seminario. "Seminario 3. Las Psicosis". Folio Views. Clase 1: Introducción a la Cuestión de las Psicosis, Pag. 3.

⁴⁴ TOLSTOI, ob cit. Pag. 812.

imperdonable? Una mujer despechada que culpa a Ana por la pérdida y la perdición de su hijo.

Dos meses después de la muerte de Ana, Vronsky se dirige a la guerra. Se ha ofrecido como voluntario por la causa eslava frente a los turcos. Ha pasado las primeras seis semanas después del suicidio, sin hablar con nadie, casi sin comer. Ahora, su única ambición es entregar su vida inútil y aborrecida, ensombrecida por la imagen de una Ana triunfante, cuya herencia es un remordimiento imperecedero: *"...quiero regalarte a cualquier precio lo que te asfixia."*⁴⁵

Y Vronsky debe vivir el dolor de perder a "un ser querido". Pierde el ser querido, total e irremediamente, por Ana. Se pierde en su muerte, en su ya no ser para ella, y se entrega a su dolor que es un reproche. Porque *"El muerto es una figura ideal, pero, como muerto, ese ideal se vuelve contra la vida; la conciencia se escinde entre el deber morir-con-él y el deseo de vivir. La elaboración del duelo consiste precisamente más en una liberación del ideal del Yo, que amarga la vida, que en una des-identificación con el amado muerto. Elaborar el duelo significa comprender el proceso de diferenciación; expresado simplemente, la diferenciación entre el muerto y el viviente."*⁴⁶

⁴⁵ BARTHES, ob cit.

⁴⁶ LAGACHE, Daniel. "Le deuil Pathologique". Citado en: CARUSO, Igor. *La Separación de los Amantes. Una Fenomenología de la Muerte*. 8ª ed. Siglo Veintiuno Editores, Mexico, 1981. Pag. 61

VII. LA MUERTE DE ANA

*“Cuando el precepto aparece, el pecado cobra vida y yo estoy muerto. El precepto hecho para la vida me condujo a la muerte”.*⁴⁷

Hay una constante referencia a la muerte en la novela: casi-muerte en el parto; muerte-humillación en la entrega sexual (donde Ana es cómplice de su propia derrota); un accidente que también tiene como escenario la estación de tren; muerte de Nicolás, hermano de Levin.

Como en un preámbulo ominoso de su propia historia, Ana presencia la muerte de un hombre bajo las ruedas de un tren, el mismo día en que conoce por primera vez a Vronsky. Y decide que no puede ser mas que un mal presagio de cosas por venir.

El sujeto del significante es siempre incierto, excepto cuando el acto anula su indeterminación, ante el empuje de la pulsión. La certeza del acto implica necesariamente el confrontarse a la angustia y por tanto un rompimiento con la complacencia de la incertidumbre. No hay certidumbre mayor que la muerte. Y Ana alcanza esa verdad por voluntad propia, en un *acting out* que equivale a la materialización de sus delirios. La psicosis se adueña de su persona y la hiancia que se profundiza con respecto a la realidad externa se ve

⁴⁷ Epístola a los Romanos -7- Citado en: WARTEL, R *et al.* “La Culpa del Neurótico” en FUNDACION DEL CAMPO FREUDIANO. Histeria y Obsesión. Ed Manantial, Argentina, 1986.

colmada por un mundo fantasmático, substituyendo la mediación simbólica por una proliferación imaginaria.

Al refugiarse en su imaginario, se enfrenta a la batalla interminable, donde el otro es siempre potencialmente peligroso, en donde el yo nunca deja de ser parcialmente ajeno. El imaginario que por su constitución, debe siempre algo al espejo que le otorgó una silueta: el otro.

Se puede entender el suicidio de Ana como la respuesta a una sociedad muy rígida, a una moral hipócrita y castrante, a un convencionalismo mortífero. Pero no es posible olvidar que éste es un acto individual, subjetivo. Un acto que nace de las fibras y del dolor del suicida. Si Ana se avienta bajo las ruedas del tren, es después de mucha angustia y de mucho dudar. Lo hace convencida de que no le quedan razones para seguir viva, que ya no tiene lugar en el mundo. Y con la esperanza de que Vronsky cometa el acto último de sumisión, consagrando la vida a su recuerdo. Al inmolarse voluntariamente, Ana se erige como objeto de deseo perpetuo de su amante. A la vez que renuncia a la vida, renuncia a dejarlo libre.

Enseñaba Lacan: *“Tomemos por ejemplo la llamada psicosis pasional, que parece mucho más próxima de lo que llamamos normalidad. Si se enfatiza al respecto de la prevalencia de la reivindicación, es porque el sujeto no puede tolerar determinada pérdida, determinado daño, y toda su vida parece centrada alrededor de la*

compensación del daño sufrido, y la reivindicación que éste acarrea."⁴⁸ En esto pueden hallarse huellas de la teoría freudiana que habla de la histeria como de una condición en que el sujeto no puede representarse el mundo sin referirlo a sí mismo. Se distorsionan las dimensiones de aquello que el sujeto cree deber y de las deudas que reclama a la vida o a los otros, y así, el sujeto se hace pequeñito, pequeñito, mientras que la culpa y la fatalidad se vuelven enormes a sus expensas.

Cuando Ana termina con su vida, ha concluido su duelo por Vronsky (y por Seriozha, y por su anterior inocencia). Sólo necesita de la confirmación de sus palabras para re-conocer lo que su corazón ya sabía: no lo tiene. Ya ha llorado al grandioso Vronsky de su imaginario, quien es el ausente; no así el Vronsky pequeño y amoroso de sus días. *"La pasión imaginaria del amor borra la existencia del otro como historia singular, reduciéndolo a un reflejo iconográfico de la búsqueda del yo."*⁴⁹ Al desaparecer la mediación simbólica, al faltar entre ellos la palabra; se pierde la historia que han escrito juntos y no queda mas que una demanda absoluta de amor incondicional.

"Lo erótico no se agota en la fascinación, incluye el riesgo de la destrucción: de la propia o de la ajena. La imagen del otro fascina porque implica el riesgo del amor, pero

⁴⁸ LACAN, ob cit. Clase 2: "La Significación del Delirio" Pag. 2

⁴⁹ MORALES, ob cit. Pag. 303.

también el riesgo de la muerte.” “... El rostro ante el cual el yo se fascina es el rostro del amo absoluto: la muerte.”⁵⁰

En el neurótico, la falta original anuda culpabilidad y goce, de lo cual Freud da cuenta con ambas pulsiones. Si bien las pulsiones sexuales se convierten en síntoma, la pulsión de muerte se convierte en culpa. Freud habla de la culpa en términos de la Ley que prohíbe el incesto, mientras que Lacan la remite al lenguaje mismo. El sujeto se cree inmerecedor de su nombre y asume la falta del Otro. Fairbank habla incluso de una cierta compulsión al sufrimiento moral,⁵¹ lo cual Ana pareciera confirmar, a pesar de sus digresiones a la Ley de los otros.

En su autoflagelación y en su suicidio, Ana atenta contra la imagen de un ideal del yo no logrado. Un ideal que es en parte suyo y que en parte comparte con una cultura, una nación. Con el castigo termina el delirio- el acto alcanza su meta. Como Aimée, Ana atenta contra una imagen ideal. Pero en este caso, la imagen es la suya, primero impoluta y después ensalzada por un aura equívoca. Así, el ídolo que tiene que caer del pedestal es ella, arrastrando a los otros tras de sí.

⁵⁰ MORALES, ob cit. Pag. 155.

⁵¹ Citado en STEVENS, A y C Vereeken. "La Neurosis Obsesiva, Dialecto de la Histeria" en FUNDACION DEL CAMPO FREUDIANO. Histeria y Obsesión. Ed Manantial, Argentina, 1986.

*"En esto reside antes que nada lo enigmático de la melancolía: como la vida se vuelve contra sí misma..." "Podría decirse que, en la imagen fundamental de la melancolía, el aniquilamiento se convierte en valor positivo, en algo deseado y planeado." "...para desembocar en un estado mental en el cual ya no se vislumbra ninguna justificación para la propia existencia, que se siente vacía y sin sentido: en la desesperación."*⁵²

Habiéndose roto la supuesta díada indisoluble con Vronsky, Ana pierde la última identificación a la que no había renunciado: aquella modelada en la pareja madre / hijo. En la pérdida de los restos que constituyen su feminidad y justifican la existencia de su ser entero- la maternidad real con Seriozha y la maternidad equívoca con Vronsky- Ana encuentra el pretexto para legitimizar su muerte. Si la pregunta histórica (en hombres y mujeres), se refiere a la procreación, entonces es tal vez este rompimiento con sus dos hijos, sus dos amores, el que precipita a Ana al acto delirante, en el momento en que se somete a la Fatalidad, es decir, a la voluntad irrestricta del Otro. El momento en que se identifica con la oscura necesidad psicótica de tener un hijo (el que perdió).

Freud se enfrentó a una situación similar en el transcurso de sus estudios clínicos, que le presentaba el siguiente dilema: ¿Cómo conciliar a la histórica lúcida, inteligente, con el diagnóstico que equipara psicosis e histeria? Él recuerda las fantasías incoherentes del sueño, que poco o nada tienen que ver

⁵² GUARDINI, Romano. Citado en: CARUSO, Igor. La Separación de los Amantes. Una Fenomenología de la Muerte. 8ª ed. Siglo Veintiuno Editores, México, 1981. Pag. 18

con la conciencia del despertar. Es decir, admite la coexistencia de ambas posibilidades; la del sujeto cotidiano, supuestamente normal, y la del alienado- fantástico soñador o pobre loco, mártir y testigo del inconsciente.

Ana deja atrás esta doble posibilidad y se entrega al dictamen imperioso del acto. Perdido el mandato de Karenin, el padre que regula y que salva de la locura, y abandonada por una sociedad intransigente que así emite un voto a favor de su destrucción, Ana carece de referentes reales a los cuales asirse para evitar la caída indefinida. Prefiere dejar intactas sus grandiosas fantasías antes que vivir una realidad mediocre, sostenida con muletas endebles hechas de resignación. Prefiere la calma de la expiación a la incertidumbre de la vida y se anula.

VIII. EL RETRATO DE ANA

"Las histéricas sufren de reminiscencias" 53

Ana, aun siendo única, es todas las mujeres. La iluminan distintas luces, que agregan matices al blanco-y-negro de sus contradicciones. Su vida está marcada por una ausencia de pasado y una falta de sentido de este pasado. No aprende de la experiencia, vive cada momento como si fuera uno solo y aporta a cada instante su angustia, sus ausencias y su deseo. Sin embargo, esto no la hace una mujer siempre igual, a la merced de sus pasiones. Ana deja entrever muchas facetas a quienes la miran y esa mirada, a veces ligera, a veces despiadada, es también la suya:

Mediadora, conciliadora, fuerte, equilibrada, ante los problemas de Stiva y Dolly.

Seductora, sensual.

Fantasiosa, dotada de un imaginario persistente, invasor.

Posesiva.

Alegre.

Viva.

Necesitada de amor por sobre todo.

Perceptiva y sensible a los demás.

⁵³ LACAN; Jacques. Estudios sobre la Histeria. Pag. 5 Citado en: FUNDACION DEL CAMPO FREUDIANO. Histeria y Obsesión. Ed Manantial, Argentina, 1986.

Narcisista, egocéntrica.

Generosa, bondadosa.

Desdoblada- se sabe buena, se entiende mala; siente amor y horror por Vronsky; enfrenta amor y locura con muerte.

Encadenada a Karenin, a Vronsky, a Seriozha, a sus monstruos imaginarios.

Inteligente.

Transgresora y conforme.

Culpable, angustiada.

Delirante, peleada con la realidad.

Suicida.

Víctima.

Madre/ no madre.

Amante.

Muerta.

Multiplicada- repetido su nombre en el de su hija, en el de su protegida y en el de su sirvienta.

Mundana a veces, a veces íntima.

Humillada, indigna frente a Vronsky a partir de su entrega. Indigna frente a Karenin, el virtuoso.

Dominante o sumisa.

Fatalista.

Insegura, temerosa ante la felicidad y de la pérdida.

Retraída, intocable. En ocasiones existe una barrera entre Ana y el mundo.

Cruel.

Incapaz de mentir en un principio, mentirosa después. La mentira se adueña de ella, incluso de su discurso interno.

Lúcida.

Trágica, teatral.

Escéptica, crítica de su entorno.

Empequeñecida, vacía.

Deprimida.

Agresiva, destructora.

Hermosa.

Sola.

Ana no sólo siente angustia ante la falta de un significante que le dé sentido a ser mujer, también llama dolorosamente pidiendo amor y completud. Nada la colma: ni su matrimonio, ni sus hijos, ni su poder de seducción, ni su inteligencia, ni la devoción de Vronsky, ni el cariño que despierta en los que la rodean, ni su comodidad, ni su popularidad, ni nada. Tal vez ese mundo no está a la altura de sus deseos, no basta para llenar sus vacíos y satisfacer sus fantasías; pero ella es insaciable.

Hablar de histeria es hablar de insatisfacción. Aún cuando los síntomas enuncien lo contrario. El goce del síntoma, no dicho ni reconocido, implica

para el neurótico un esfuerzo y un dolor demasiado grandes. Como dice Lacan, se da "*trop de mal*"⁵⁴

¿Cómo describir a la histérica? No se trata de hacer nosologías más o menos incluyentes, porque clasificaciones e histerias las hay de todos tipos, pero las quejas comparten una represión de la verdad del deseo, un síntoma predominante que divide al sujeto, y una búsqueda junto a un Amo del saber, que promete dar razón del goce. Una búsqueda destinada al fracaso. Mientras el fantasma del deseo permanece dentro del imaginario, permite que la histérica siga adelante con una conciencia clara. Sin embargo, en el momento en que es impuesto por el mundo exterior y penetra los límites de lo real, la moral castiga. Y esto es algo que Ana aprende, al encaminarse hacia el descubrimiento de su deseo.

¿En dónde encuentra Ana el goce? En la anulación. Le atrae el clamor del abismo, que en un principio desoye, atolondrada por el murmullo constante de su vida. Se somete a la voluntad de los otros, del Otro, buscando un poder omnipotente que la nombre y que la restaure. Se identifica con esa voluntad, esperando encontrar una respuesta que le dé certezas.

A Ana la marca una ausencia real, mientras persigue a un Padre Ideal, amo de su deseo y señuelo en su búsqueda incesante. Frente al padre muerto, inviste

⁵⁴ RABINOVICH, D *et al.* "Neurosis y Pulsión" en FUNDACION DEL CAMPO FREUDIANO. Histeria y Obsesión. Ed Manantial, Argentina, 1986. Pag. 40.

a nuevos otros con las cualidades de una figura ya desaparecida, e intenta darle consistencia a un fantasma. De su madre no se sabe nada tampoco, aunque cabe imaginar una pérdida temprana y los cuidados sustitutos de su tía, aquella quién la entrega en matrimonio a Karenin. No quiero ir más allá del texto e inventar una historia que no es, pero puede intuirse que Ana no tuvo quien le enseñara a ser mujer. Sus aproximaciones a la feminidad son a través de la seducción. Envuelve sus demandas en la fascinación con que ciega a los otros.

Ana es, paradójicamente, una mujer ideal. Ante su aparente completud, los otros se someten: Dolly cede ante sus exhortaciones carifosas; Kitty se desvanece ante su belleza y sensualidad; Vronsky se muestra frágil ante su pasión irrestricta; Karenin no soporta sentirse culpable frente a Ana moribunda; Levin se ve obligado, en contra de sus principios, a respetarla y apreciarla; incluso las mujeres de sociedad que la critican tardan en olvidar su presencia, sus actos y sus dichos. Y Ana vive de esos sometimientos. La pequeñez de los otros la sostiene y le permite olvidar sus propias faltas. Pero al desnudarlos, pierden las dimensiones que su fantasía les prestó, y entonces los hiere, los abandona.

Sin embargo, Ana no resulta triunfadora en este juego de manipulación y dominio- siempre le ganan la culpa y el miedo. Ana tiene miedo de sentir placer, de ser feliz. En términos freudianos, su superyo asume el papel del

mundo exterior, en el interior de Ana. Se enfrenta a una instancia más severa que los dictámenes paternos, una Ley que atraviesa generaciones y representa *“la cara violenta del Ideal del yo”*⁵⁵. Primero sujeta a las constricciones de su clase y posición social, y después a aquellas que su moral y sus circunstancias le imponen; Ana nunca se libera del yugo de la obligación.

El neurótico es aquel que identifica la falta en el Otro con su demanda, y esta prevalencia dada a la demanda oculta su angustia ante el deseo del Otro. La demanda de Ana es una de amor y de presencia incondicional. Karenin no sabe dárselos, así es que cede su condición de amante (amador), primero a Seriozha, y después a Vronsky. Pero esto no minimiza su importancia para Ana. Porque ella, como todo neurótico, encubre la falta de su Otro. Busca hacerse amar por él, al tiempo que impide la realización de su propio deseo. Ignora que produce saber y le asigna el lugar del caprichoso o del impotente, pero nunca del castrado. Porque sólo mientras Karenin (el exitoso, el respetable), se mantenga incólume; puede garantizar la verdad.

El esposo / padre que Ana persigue en Karenin, le habla de seguridad y de protección, al tiempo que la remite a un tiempo pasado, en que alguien la amó como centro único del universo. A los tiempos en que, niña, gozaba de su propia imagen exaltada.

⁵⁵ MORALES, ob cit. Pag. 46.

¿A quién dirige Ana sus preguntas? En cada caso el Otro no tiene la respuesta. Su constante interrogación se vuelve un intento por comprobar que los demás no tienen nada satisfactorio que devolverle. A la insatisfacción sigue la queja: de todo; de cualquier cosa; de quejarse; de volverse y saberse cada vez más loca y nunca colmada. Su esperanza neurótica es la de reducir su deseo a simple demanda. Así, Vronsky, Karenin, Seriozha, serían sujetos completos, garantes de la verdad. Pero, para su infortunio, una vez que descubre la castración del otro en Karenin; ya no le es posible asumirla como propia, nunca más. El paso del tiempo le enseña que Seriozha y Vronsky tampoco son dueños del saber que desconoce, y las demandas que les dirige se reducen a un intento por comprobar que la respuesta no la satisface. A las mujeres no pregunta; ellas no son garantes de nada.

Del complicado entramado de una histeria, nace una contradicción evidente: Ana, la esclava, anuda con los otros lazos de culpa que la empoderan. Su falta, constante e incolmable, es lo más cercano un falo. A ese poder que no es del hombre pero que el hombre cree detentar. Es cuestionable si Ana cede alguna vez a la inclinación histérica de asumir el dialecto de los hombres. No necesita un lenguaje ajeno, cuando las palabras de la sumisión le han servido bien. Aún con Vronsky a sus pies, nunca alza una voz de Amo (que no es la suya), para hacer de él lo que quiere. Sin embargo, Ana se identifica a la falta como causa del deseo y se queda en el lugar de la falta.

"El ser que habla esta condenado al exilio del otro sexo."⁵⁶ "No hay relación sexual."⁵⁷ Ambos saberes que enuncia el psicoanálisis. Si éstos son comunes denominadores en los acercamientos hombre / mujer, ¿cómo iban a sustraerse a ellos Ana y Vronsky?

Vronsky, con su cortejo ilícito, cortés, pasional, promete la posibilidad de una relación sexual. Ana tiene la seguridad de haber encontrado en él la Verdad Única. Hasta que la realidad de su persona y de la convivencia diaria la decepcionan. Pero eso no le impide seguirlo en todo, reservándose el derecho de creer que vive una relación de iguales, marcados por un significante igualmente claro. Vronsky, a su vez, espera haber encontrado en ella la mujer idílica, la que se sustituye al fantasma de la Madre que todo lo puede. Y claro que no es así, porque ella es simplemente una mujer que se entregará a su deseo como objeto parcial, o aún como fetiche provocador.

Vronsky anhela estar unido a Ana por Ley, rompiendo sus lazos simbólicos con Karenin y poniéndola efectivamente bajo su tutela y cuidados ante los ojos del mundo. Esta necesidad de legitimación se exagera al saber que ella espera un hijo suyo. Para él, la noticia es motivo de regocijo. Para Ana en cambio, es un motivo más de angustia y de tortura en su largo soliloquio de culpas reiterativas y monotemáticas. No se encuentran y él no logra entender que para ella, separarse de su esposo significa mucho más que perder un

⁵⁶ ARENAS, A *et al.* " El Otro en la Histeria y la Obsesión" en FUNDACION DEL CAMPO FREUDIANO. Histeria y Obsesión. Ed Manantial, Argentina, 1986. Pag. 49

⁵⁷ ARENAS, *ob cit.* 49

simulacro de respetabilidad. Que significa perder la estructura sólida que le da estar unida a Karenin, y sobretodo, perder a su hijo. Que significa también, enfrentarse a sus actos y asumirse como artífice de su propio destino. No obstante, sabe que él es el único otro para ella: *“¿Yo infeliz? dijo, atrayéndolo hacia ella y contemplándolo con una radiante sonrisa de amor. Me siento como un hombre hambriento a quien se le ha dado comida. Puede tener frío, su ropa puede estar en harapos, y puede sentir vergüenza, pero no es infeliz. ¿Yo infeliz? No, ésta es mi felicidad...”*⁵⁸

Lacan ha dicho que la histérica hace al hombre, y Ana hace a Vronsky. Lo moldea como arcilla, aún cuando lo llora temiendo perderlo. Lo lleva y trae con sus dudas, con su pasión, con sus saltos de humor, con sus caprichos. Vronsky, a pesar de ser el aventajado en la relación (a él no se le ha condenado a ser un paria), no puede más que seguir el vaivén de angustia-y-amor, amor-y-angustia de Ana. Se enoja, se cansa, pero no deja de amarla. Pobre Vronsky, porque en la histérica, el objeto de deseo tiene el lugar de desecho. Pobre Vronsky que se somete al masoquismo primordial que goza de ser el objeto del Otro. Desde el momento en que comete un supuesto acto de desinteresada generosidad, para brillar ante la Ana que acaba de conocer, hasta aquel momento en que decide construir un hospital de beneficencia con el fin de probarse ante ella, mucho más adelante en su relación; Vronsky vive para sus ojos. Y coquetea con la ruina profesional y económica, con tal de

⁵⁸ TOLSTOI, ob cit. Pag. 208.

estar con ella: "...el Gasto está abierto, hasta el infinito, la fuerza deriva, sin meta...."⁵⁹

El estar con Ana abre para Vronsky dimensiones insospechadas de sentimientos y lealtades. Le descubre preguntas que no puede responder con el código de principios que antes regló su vida. Un día, por ejemplo, se descubre igual a un príncipe visitante quien es, para su desconcierto: estúpido, saludable, inmaculado, autosatisfecho; un *gentleman* y nada más. Es decir, se adivina vacío. Y Ana es el espejo que refleja su castración. Si en su encuentro con Vronsky Ana se dejó guiar por el principio del placer- la búsqueda del objeto del deseo; con Karenin reconoció el imperativo del principio de la realidad- no existe tal objeto, es solo prestado. Y ese descubrimiento no le permitió volver a cerrar los ojos, porque al perder a Karenin, su gran Otro, perdió también ese referente que no engaña. El Esposo consagrado, formal y aburrido tuvo siempre una ventaja sobre el Vronsky amante, arrojado y solícito: era la roca inamovible; la constancia y la certeza de que la realidad es como es y no tiene porque ser de otra manera. Karenin era Dios.

Antes de morir, Ana se adueña de una parte de su historia. De las largas horas de pensamientos tortuosos y la pausa obligada en su vida antes siempre agitada, recibe un regalo: su discurso. No lo comparte, y sólo Dolly avizora destellos de su contenido; pero Ana, a fuerza de remachar sus agravios y sus

⁵⁹ BARTHES, ob cit. Pag. 143

dolores, historiza su histeria. Sus palabras (secretas, íntimas), la constituyen y gestan su devenir. A través del deseo, Ana despierta a la conciencia de sí.

Dice Heli Morales: *"En el análisis, el sujeto se precipita a los infiernos, sí. Pero apuesta que vuelve. Muchos viven su infierno y no salen de él. Quien apuesta por un análisis apuesta por un viaje, pero también acepta que puede regresar."*⁶⁰ Ana, cuando se embarca tras su deseo, lo hace en un viaje sin regreso que la lleva en su búsqueda por la verdad, a la muerte.

Conclusiones

Ana Karenina tiene más de un rasgo que la hermana con aquella famosa histérica, Ana O. Ella también *"Mostraba siempre una ligera tendencia a la desmesura en sus talantes de alegría y de duelo..."* Y en ella también *"El elemento sexual estaba asombrosamente no desarrollado"*.⁶¹ Cuando se aparta de Karenin, quien la envolvió de su medio-amor, de su torpe cariño, Ana debe renacer a un mundo que no le concede un lugar como mujer deseante, y asumirse como sujeto del saber. Su respuesta es negación, y prefiere despedirse de la vida antes que labrarse un camino en ella, sola. Sin embargo, Ana resume la cruzada de la histérica tras el significante perdido del ser mujer. Sabemos que la mujer no es necesariamente histérica, pero la histérica es aquella que hace suya la pregunta de todas las mujeres por lo femenino. Y es la que, en ese preguntar, se topa siempre con una carencia nacida en algún lugar entre la

⁶⁰ MORALES, ob cit. Pag. 155.

⁶¹ FREUD, ob cit. Pag.47

demanda y la respuesta, por lo que se erige como sostén del deseo como insatisfacción. La que cuestiona la función paterna al cuestionarse por su propia carencia simbólica y que lanza un desafío al Otro, retándolo a unificarla.

Finalmente, Ana se despide del mundo dejando atrás su misterio intacto; preservando para sí ese saber secreto que inútilmente buscó en los otros y que no era mas que suyo- el saber de su goce y de su sexualidad.

No queda mucho más que decir. No tenemos, a final de cuentas, la historia completa. Tolstoi fue un maestro en la revelación y develación de vidas y ocurrencias, pero tampoco él pudo decirlo todo. Ante los silencios del texto, no hay teoría que valga. Ana Karenina no esta aquí para guiarnos con sus respuestas, sus relatos, sus sueños, su saber y sus confesiones espontáneas. Por fuerza, el análisis tiene que quedar trunco. Pero antes de esbozar los últimos trazos de este retrato, resulta indispensable remitirse al Freud que se aventuraba vacilante a sus primeros diagnósticos de histeria, de la mano de Breuer, su mentor.

Es cierto que su teoría evolucionó, que su conocimiento de estas dolorosas se hizo más certero, liberándose de los confines de una ciencia estricta, carente de imaginación; pero también es cierto que en Ana O., en la Señora Von N., en Lucy R., Katharina, Elizabeth Von R y en la Señora Cäecilie, Freud encontró el

llamado angustiado de la histérica y vislumbró por primera vez la etiología de esta hasta entonces inexplicable patología. Por ello, no es difícil encontrar en Ana Karenina síntomas y sentimientos similares a los de estas mujeres, de las que tiene también la moral victoriana y la represión.

La terrible angustia; las crisis; el refugio en el cloral (o la morfina); una transición entre dos estados de conciencia- uno de ceguera cotidiana y el otro de una claridad devastadora, cuasi alucinatorio; el padre ausente siempre enorme en el recuerdo; el reprocharse constantemente los más ínfimos errores, reales o imaginarios; una vocación de martirio; una necesidad casi excesiva de sentirse amada; el perderse en espejismos del pasado; el juzgarse implacablemente bajo criterios severos; una inteligencia que no se ve afectada por sus delusiones; y el expresar con su cuerpo pensamientos vedados a la conciencia- todo lo que comparten esas primeras histéricas de Freud con Ana.

Freud llamó represión a esa fuerza que impide que se formule lo pecaminoso, lo indecente, lo inmoral, lo impensable y que es el centro del misterio histérico. Los recuerdos indeseables se agolpan en un inconsciente que lucha por sacarlos de cualquier forma. Si los sueños y los estados hipnoides son insuficientes, si los actos impulsivos, el llanto descontrolado, los lapsus, no bastan para esa descarga imperiosa; entonces el cuerpo erupla en pequeñas o grandes manifestaciones de dolor, de cansancio, de impotencia, que no hacen más que enunciar a gritos la angustia de la histérica. La escisión obligada de

la realidad psíquica no puede más que manifestarse simbólicamente, en el lienzo que tiene más a la mano.

¿Que si esta historia revela la solución a la pregunta histérica? No, creo que en el camino individual de una mujer no se encuentra la respuesta. En este trabajo apenas se ofrece una interpretación de la búsqueda que realiza Ana para descubrir su lugar en el mundo, como mujer y como sujeto dividido entre las exigencias de su inconsciente y los impedimentos de la realidad. Eso, y la descripción de una instancia más de la histérica que todo lo cuestiona, a través de su vida y de sus actos: el deseo, el Padre, la verdad de la mujer y por consiguiente del hombre. La histérica dueña y desconocedora del enigma.

Así, la hipótesis señalada al inicio de este trabajo es correcta. Ana, al ir y venir entre los estereotipos de la feminidad (la madre, la pecadora, la esposa virtuosa, la dama, la loca), representa el esfuerzo incesante por labrarse un nicho en un mundo de hombres. La culpa suya que proyecta sobre los demás, haciéndoles imposible la vida, es también un cuestionamiento. Como lo es la insatisfacción, motor de su deseo y de sus actos. Si lo que tiene no es suficiente, si ese otro no la llena, si el goce es inencontrable, entonces ¿a dónde más puede volverse? ¿Quién tiene las respuestas?

Al apostar por la muerte, Ana cancela la represión, cancela el goce, cancela el deseo. Se erige en la guardiana del misterio y se proclama mujer única,

diferente, otra respecto de aquellas que conforman el conjunto universal de las mujeres. Paradójicamente, representa al novelesco concepto del "eterno femenino", al tiempo que lo resquebraja. Si bien en ella resplandecen algunas de las frágiles coincidencias que dan sustancia a este mito, también es cierto que sus demandas y sus renunciaciones hacen de ella una mujer irrepetible e inimitable y que ella no se traga más el cuento de lo que es y debe ser una mujer; aunque tenga que pagar ese descubrimiento con su dolor.

Este descubrimiento lo hace también Tolstoi, conforme le va regalando vida a Ana. La mujer de los primeros esbozos de novela, esquematizada y distorsionada por la misoginia del autor, no se asemeja a la mujer acabada, nacida de una palabra más tolerante y sabia; trazada con una mirada menos dura, que se ha aclarado con el paso del tiempo y las exigencias de la reescritura. Una mirada que, sin embargo, no deja de ser masculina y que esconde aún prejuicios y a veces se gufa por el estereotipo.

Como mujer de papel y tinta, Ana es hija de Tolstoi. Su pasado apenas discernible está en él. Nacida de su pluma y de sus fantasmas, no puede más que dar cuerpo a las mujeres que habitan su imaginario. Él es para ella padre y madre. La madre que nombra y da vida, y el padre que impone su Ley. Ana es una obra de amor. De un amor castrante y culpabilizante tal vez, pero siempre palpable.

Ella es esa hija que nace de Tolstoi y que es todo lo que él le ha dado; pero que también se erige más allá de él, separada de él. Es un texto que se hace mujer. Y es la mujer cuya transparencia se vela y opaca ante el padre. Es la inasible histérica que no se da a su autor, ni a su esposo, ni a su amante, ni a sus hijos. Es la que dice: "No puedes tenerme", al tiempo que lo pide todo. Es la que solo se entrega a la muerte.

CONSIDERACIONES ÚLTIMAS

Esta lectura de "Ana Karenina" se hizo a partir de los cinco conceptos básicos descritos en el método: histeria, represión, complejo de Edipo, complejo de castración y género. Como referentes y catalizadores para la interpretación, me sirvieron bien. Así mismo, la teoría de las escuelas freudiana y lacaniana proveyeron los fundamentos necesarios para construir este análisis. Sin embargo, aunque es cierto que el presente es un trabajo relativamente somero, me parece que presenta una falta bastante perceptible en lo que hace a la maternidad de Ana.

Esto se debe principalmente a dos razones. Por un lado, Tolstoi no concede a Ana un estatus real de madre. Cada vez que hace referencia a su amor desbordado por Seriozha, se percibe una corriente sutil de ironía, pintando sus palabras. En cuanto a Ani, la describe como prácticamente invisible para su madre. No sé si esto se deba a una visión prejuiciada del personaje (mujer trasgresora y por tanto incapaz de una maternidad plena), o a una percepción muy aguda, reconocedora de la problemática que supone la maternidad para la histérica, hija de una madre rival.

Por otro lado, hasta donde he podido apreciar, existe un hueco significativo en la teoría psicoanalítica respecto de este tema. La mayor parte de las veces, los textos sobre maternidad se refieren principalmente al complejo de Edipo o

a la función de la madre como iniciadora del niño en el mundo y cuidadora primaria. Lo que obvian, es lo que significa para la mujer y en este caso para la histérica, el ser madre. Aquello que la significa en una de las representaciones imaginarias más claras de la mujer: la dadora de vida.

Considero que tanto este tema, así como la histeria en sus diferentes facetas, debe desarrollarse a profundidad. Tolstoi es una fuente casi inagotable de material para quienes apasiona lo imaginario y el simbolismo que desdibujan las realidades de la vida humana. Y es también el padre de una histérica hermosa, quien merece el recuerdo y que no se olvide nunca la pregunta que la llevó a vivir y a morir: ¿qué es ser mujer?

REFERENCIAS

Bibliografía

ABELIN, Graciela *et al.* Género, Psicoanálisis, Subjetividad. Compiladoras Dio Bleichmar y Burin. Paidós, México, 1996:

- * ABELIN, Graciela. "La Leyenda de Schehrezade en la Vida Cotidiana"
- * BURIN, Mabel. "Género y Psicoanálisis: Subjetividades Femeninas Vulnerables"
- * DIO BLEICHMAR, Emilce. "Feminidad / masculinidad. Resistencias en el Psicoanálisis al Concepto de Género"
- * FERNÁNDEZ, Ana María. "De Eso No Se Escucha: el Género en Psicoanálisis"

BARTHES, Roland. Fragmentos de un Discurso Amoroso. 7ª ed, Siglo Veintiuno Editores, México, 1989.

BENSON, Ruth. Women in Tolstoi; the Ideal and the Erotic. University of Illinois Press, Estados Unidos, 1973

BLOOM, Harold, editor. Leo Tolstoi's Ana Karenina. Ed. Chelsea House, Estados Unidos, 1987

BRAUNSTEIN, Nestor *et al.* La Clínica del Amor. Coloquios de la Fundación.
Compilador Braunstein. Fundación Mexicana de Psicoanálisis, México, 1992

* BERCOVICH, Susana. "Lo Cura de Amor"

* BRAUNSTEIN, Nestor. "Mi Papá Me Pega (Me Ama)"

* NOVOA, Victor J. "Otro Equívoco: el Amor"

* CORTÉS, Eunice. "Del Amor Cortés a la Clínica Psicoanalítica"

* GODINO, A y E Vidal. "La Histeria: la Obsesión Amorosa"

* MOGEL, Sergio. "La Mujer Como Prójimo (o Amarás a tu Mujer y Como a Ti Mismo Ella)

CARUSO, Igor. La Separación de los Amantes. Una Fenomenología de la Muerte.
8ª ed. Siglo Veintiuno Editores, México, 1981

CÁZARES, Laura *et al.* Técnicas Actuales de Investigación Documental. Trillas,
México, 1980

DE BEAUVOIR, Simone. The Second Sex. Ed Alfred A. Knopf, Estados Unidos,
1953

DIO BLEICHMAR, Emilce. El Feminismo Espontáneo de la Histeria. Estudio de los Trastornos Narcisistas de la Femenidad. Fontamara, México, 1989

ECO, Umberto. Como se Hace una Tesis. Técnicas y Procedimientos de Investigación, Estudio y Escritura. Gedisa, México, 2000

EVANS, Mary. Reflecting on Ana Karenina. Ed Routledge, Estados Unidos, Gran Bretaña, 1989

FREUD, Sigmund. Obras Completas. "Estudios Sobre la Histeria". 2ª ed, Amorrortu Editores, Argentina, 1984. Vol. 2

FREUD, Sigmund. Obras Completas. "Fragmento de un Caso de Histeria". 2ª ed, Amorrortu Editores, Argentina, 1984. Vol. 7

FREUD, Sigmund. Obras Completas. 2ª ed, Amorrortu Editores, Argentina, 1984. Vol. 14:

* "Pulsiones y Destinos de Pulsión"

* "La Represión"

FREUD, Sigmund. Obras Completas. "Psicología de las Masas y Análisis del Yo" 2ª ed, Amorrortu Editores, Argentina, 1984. Vol. 18.

FUNDACION DEL CAMPO FREUDIANO. Histeria y Obsesión. Ed Manantial, Argentina, 1986:

- * ADAM, J *et al.* "Primera clínica Freudiana de las Neurosis"
- * ARENAS, A *et al.* "El Otro en la Histeria y la Obsesión"
- * BRUERE-DAWSON *et al.* "Pulsión y Fantasma en las Diferentes Estructuras Neuróticas"
- * GODINO, A y E Vidal. "La Histeria: la Obsesión Amorosa"
- * LAURENT, E *et al.* "Freud y la Histérica"
- * LEMOINE, E *et al.* "Estructuras Patológicas y Estructuras de Discurso"
- * MALEVAL, J *et al.* "Las Variaciones del Campo de la Histeria en Psicoanálisis"
- * RABANEL, J *et al.* "El Padre de la Histérica y del Obsesivo"
- * RABINOVICH, D *et al.* "Neurosis y Pulsión"
- * RAMIREZ PUIG, M. "Una Pregunta ¿A Quién?"
- * STEVENS, A y C Vereeken. "La Neurosis Obsesiva, Dialecto de la Histeria"
- * WARTEL, R *et al.* "La Culpa del Neurótico"

GRAWITZ, Madeleine. Métodos y Técnicas de las Ciencias Sociales. Editia Mexicana, México, 1984. Tomo II

GROSZ, Elizabeth. Jacques Lacan. A Feminist Introduction. Routledge, Reino Unido, 1990

HOCHMAN, Elena y Maritza Montero. Teoría de la Investigación Documental. 6ª ed. Trillas, México, 1979.

HOLBROOK, David. Tolstoi, Woman and Death: a Study of War and Peace and Ana Karenina. Associated Presses, Estados Unidos, 1997

MAUDELKER, Amy. Framing Ana Karenina: Tolstoi, the Woman Question and the Victorian Novel. Ohio State University Press, Estados Unidos, 1993

MILLOT, Catherine. Nobodaddy. La Histeria en el Siglo. Ed. Nueva Visión, Argentina, 1988.

MORALES, Heli. El Sujeto del Inconsciente. Diseño Epistémico. ENEP Aragón, México, 1993

RANCOUR-LAFARRIERE, Daniel. Tolstoi on the Couch: Misogyny, Masochism and the Absent Mother. New York University Press, Estados Unidos, 1998.

SERMON, Marie. Les Femmes Dans L'oeuvre de Leon Tolstoi: Romans et Nouvelles. Ed Institut d'Études Slaves, Francia, 1984

TOLSTOI, Lev Nikolayevitch. Ana Karenina. Pinguin Books, Gran Bretaña, 1978.

Internet

ALBORNOZ, Eduardo y Michel Sauval. Seminario Psicoanálisis y Ciencia.

<http://www.psiconet.com/seminarios/freud-lacan>

PSICONET. Seminario Psicoanálisis con Niños.

<http://www.psiconet.com/seminarios/psa-niños>

Cd Rom

LACAN, Jacques. El Seminario. Folio Views. "Seminario 3. Las Psicosis":

* Clase1- Introducción a la Cuestión de las Psicosis

* Clase 2- La Significación del Delirio

* Clase 3- El Otro y la Psicosis

* Clase 4- "*Vengo del Fiambrero*"

- * Clase 5- De un Dios que No Engaña y de Uno que Engaña
- * Clase 6- El fenómeno Psicótico y su Mecanismo
- * Clase 7- La Disolución Imaginaria
- * Clase 8- La Frase Simbólica
- * Clase 9- Del Sin-sentido y de la Estructura de Dios
- * Clase 10- Del Significante en lo Real y del Milagro del Alarido
- * Clase 11- Del Rechazo de un Significante Primordial
- * Clase 12- La Pregunta Histórica
- * Clase 13- La Pregunta Histórica (II) “¿Qué Es una Mujer?”
- * Clase 14- El Significante, en Cuanto Tal, No Significa Nada
- * Clase 15- Acerca de los Significantes Primordiales y de la falta de Uno
- * Clase 16- Secretarios del Alienado
- * Clase 17- Metáfora y Metonimia (I): “*Su Gavilla No Era Avara Ni Odiosa*”
- * Clase 18- Metáfora y Metonimia (II): Articulación Significante y transferencia de Significado
- * Clase 20- El Llamado, la Alusión. Conferencia Freud en el Siglo
- * Clase 25- El Falo y el Meteoro

Cursos

Seminario “ABC de Lacan. Topología Lacaniana”, en el Centro de Investigación y Estudios Psicoanalíticos